
SPECIA
NIA FOX
SS
SERVICIO
SECRETO
PETER DEBRY
NAIPES
SINIESTROS

PETER DEBRY

NAIPES SINIESTROS

1.ª- EDICIÓN
MARZO - 1952



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:

1. — La brigada de los suicidas. **4.** — Sirenas tropicales. **6.** — Los cuatro ases. **8.** — El castillo de los ahorcados. **10.** — Peces de platino. **12.** — Gangsters en Casablanca. **14.** — Valses tétricos. **16.** — Los buitres negros. **18.** — En busca de una cabeza. **20.** — La atómica en Hollywood. **24.** — La bella del Bósforo. **26.** — La isla Corazón. **28.** — Los diablos del Ártico. **32.** — El pulpo humano. **36.** — Piratería moderna. **38.** — Un pistolero en el F. B. I. **40.** — Dama «Dinamita». **44.** — Doctor Borgia. **46.** — Asesinatos en el Estadio. **52.** — La muerte lenta. **54.** — Platillos volantes. **56.** — Aviones sin rumbo. **64.** — El vampiro de Brooklyn. **66.** — Cadáveres ambulantes. **69.** — Gongo Kong. **71.** — Los tiburones del «Tritón». **73.** — Balas perdidas. **77.** — Tobillos de oro. **80.** — Los muertos no mienten.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

NAIPES SINIESTROS

POR

PETER DEBRY

I

Cuando Denis Logan seguís una pista, dejaba de ser un hombre civilizado. Había, nacido para cazar, y ya desde niño un primitivo instinto de lucha, le hacía rechazar como impropios los juegos a la clara luz.

Prefería explorar grutas sombrías, acechar en los bosques el posible paso de los osos pardos que abundaban en su comarca nativa, y gozaba extraviándose voluntariamente en las accidentadas peñas de los acantilados costeros de la Alta Tierra escocesa de donde era oriundo.

A los veinte años, era el mejor guía montañero para los cazadores aficionados que procedían del Sur. Seguía un rastro casi por olfato, y varias veces le habían comparado a un piel roja.

Atezado por soles y lunas de intemperies, magro y musculoso, era un producto espléndido de la Naturaleza. Sus reflejos instintivos producían pasmo a quienes, embotados por la vida ciudadana, le veían en los intrincados senderos, detenerse de pronto, tender el oído, y señalar hacia un punto lejano.

Antes que la misma jauría de perros, Denis Logan percibía la pieza: zorro, oso o jabalí. Su puntería era prodigiosa, y su arma favorita, el corto cuchillo montañero, se clavaba en inverosímiles espacios diminutos.

En los anuales festejos escoceses de lanzamiento de troncos, lucha de «agarrada» y transporte de piedras, Denis Logan rivalizó tercamente desde sus diecisiete años con los forzudos y corpulentos leñadores campeones. Estos le miraban compasivamente, alegando que con sesenta kilos de carne y huesos, era pura fanfarronada pretender lanzar a veinte pasos un tronco de cien kilos.

Y en efecto, el nervudo y enjuto montañero, no logró lanzar el tronco a la distancia mínima para tomar parte en los concursos, hasta que tuvo veinticinco años.

Pero entonces se desquitó ampliamente de las sonrisas burlonas. Lanzó el tronco a veintidós pasos, llevó la piedra de ochenta kilos

corriendo un trecho de cincuenta yardas en doce segundos, y en lucha derribó por tres veces al coloso campeón.

Fue aquel día triunfal, el inicio de la vida extraña que en lo sucesivo iba a ser para Denis Logan un constante camino salvaje en la jungla de la civilización.

Ya no iban a ser torpes osos, ni mezquinos zorros, ni toscos jabalíes, los que encenderían en Denis Logan su instinto cazador, sino hombres.

Sucedió de un modo normal. Al término de los festejos en los que los montañeros de las Tierras Altas, le llevaron en andas sobre la gran plataforma de troncos, proclamándole campeón de 1950, cuando estaba bebiendo la agria cerveza en el jarro de plata, trofeo y recompensa, se le acercó un individuo, en quien reconoció de inmediato Logan al británico.

Lo reconoció por su modo de vestir, su envaramiento, y el acento con que le saludó:

—Le felicito, Logan. Deportivamente, es usted una maravilla.

—Gracias.

—Desearía me concediera media hora de conversación, Logan.

—A su disposición, señor.

Se retiraron al exterior de la gran explanada, y bajo un toldo, junto a una mesita, se sentaron. Empezaban los bailes, la clásica jira, y todo el mundo estaba pendiente del concurso de clanes bailarines.

Las cornamusas lanzaban sus sones agudos, y era un pintoresco espectáculo abigarrado en color, donde los faldellines, las mantas al hombro, el gorrito con la pluma retadora, y las canciones, transportaban el pensamiento a siglos pasados.

Denis Logan suponía que el «forastero», porque todo británico era forastero en la orgullosa tierra escocesa, deseaba contratarle como guía en alguna partida de caza, donde torpes señoritos fallones, malgastarían pólvora y tiempo, ahuyentando las piezas.

—Me he permitido informarme de sus cualidades, Logan. Es usted considerado entre sus compatriotas como un ser casi prodigioso. Me dijeron que hace tres meses, en pie, y armado de su cuchillo, mató un oso que le triplicaba el peso. Increíble…

—Llevo en la espalda los surcos de varios zarpazos, señor. Y llevo diez años cazando. El método es sencillo. Al ver a un hombre, el oso, si no está hambriento, se aleja. Pero si este hombre, voluntariamente, se coloca en su camino, entonces el oso ataca. El hombre sucumbiría, si pretende volver la espalda. En cambio, dándole frente, y cuidando mucho de no dar el cuchillazo demasiado pronto ni demasiado tarde, el oso cae.

El británico sonrió, pero solamente con los ojos. Su boca siguió

siendo una línea delgada y decidida.

—Expuesto así, parece muy sencillo. Pero no lo es. Primero, hay que tener mucho valor y sangre fría, para esperar a pie firme la acometida. Después, por más calculador que uno sea, resulta muy difícil medir ese lapso de tiempo tan reducido, entre el demasiado pronto y el demasiado tarde. Y por último, en vez de manejar un cuchillo, ¿no sería más fácil, puesto que usted es el mejor tirador escocés, disparar cuando el oso distara unos seis pasos?

—Sería desleal, señor.

—¿Qué lealtad es la que le hace sensible hasta el punto de dejarse abrazar por un oso?

—Sencillo, señor. Si el oso acudiera con pistola o rifle, necio sería yo de esperarle con un cuchillo. Pero el oso sólo acude con sus armas: las zarpas y los colmillos. Es pues, para mí, una obligación cazarle con cuchillo.

—Magnífico, Logan. Usted es un cazador nato. Tiene unas facultades excepcionales, y en la última guerra, he perdido yo muchos compañeros. ¿Ha oído usted hablar del «Intelligence Service»?

—Creo que es una banda de cazadores, dedicada a capturar espías.

—Exacto. Es un servicio secreto, una lucha constante, donde la fuerza y la astucia, triunfan. Usted es un atleta perfecto, y si engaña al zorro, se abraza con osos, y detiene la furiosa embestida de un jabalí, usted sería un as en nuestro servicio. Las emociones del Servicio Secreto, son las más apropiadas para su temperamento, Logan. En realidad, estas montañas le vienen pequeñas. Y por encima de todo, existe en el Servicio Secreto un goce que aquí nunca conocerá.

—¿Cuál, señor?

—Las fieras del bosque son menos dañinas que las fieras humanas. Usted al vencer al oso, demuestra un temple excepcional, pero, ¿a quién rinde beneficio?

—La piel y la grasa, me las pagan a cinco libras esterlinas.

—Bien. Suponga ahora que, además de percibir mensualmente treinta libras esterlinas, tiene usted la satisfacción de saber que en su caza, logra lo más envidiable: proteger miles de vidas ajenas.

—Existe la policía, existen los jueces, señor.

—Pero hay sitios donde no llega la mano de la policía, ni la firma de los jueces. Comprenda una cosa, Logan. Yo no voy a ofrecerle a usted, a cambio de sus montañas, una caza sencilla, aburrida. Le destinaría a cazas más peligrosas, que no puede usted ni imaginar. Antes me dijo que el oso huye si no se le corta el paso. Usted cortaría el paso a seres, que recibiendo el calificativo de

hombres, no son siquiera dignos de vivir en el cubil de un oso. Usted iría a sus guaridas, y rindiendo un servicio a su patria, tendría el goce de saber que por cada pieza cobrada, cientos de familias verían alejarse el peligro que suponen las bandas criminosas que actúan contra las leyes divinas y humanas.

—Tiene usted mucha labia, señor.

—Generalmente, soy más bien breve. No vine aquí en su busca, sino convaleciendo de dos balazos. Oí hablar de Denis Logan, le he visto actuar, y usted sería un gran agente del «I. S.». Exploraría nuevos horizontes, desde el brumoso Londres, al soleado Mediterráneo. Tal vez en Persia, en Egipto, en África del Sur, en cualquier rincón del vasto globo, hallaría usted las piezas mayores jamás soñadas. Piezas que, comparadas con ellas, el oso es un buen frailón, el zorro un inocente bebé, y el jabalí un pobrecillo nervioso. Hombres que matan por vicio, mujeres que envenenan hogares, pistoleros que se jactan de valientes, verdugos sádicos que asesinan torturando en las sombras…

—Un horizonte sucio, señor. Este aire es puro.

—Purifique usted los aires de otros lugares, y se verá recompensado.

—Soy escocés, y tenemos fama de avarientos, señor, pero me bastan diez libras mensuales para vivir a mi gusto.

—No hablaba de dinero, Logan. Es preciso para vivir, pero usted es como yo. Come para vivir, no vive para comer. La recompensa que cité es la que nos aporta a nosotros cada segundo de existencia. Seguimos una ruta salvaje, con la conciencia orgullosa de que si hallamos La muerte al final, salvamos muchas vidas. Es un apostolado moderno.

—Usted gana, señor —sonrió, por primera vez, Logan.

Tendió la diestra abierta, y conocedor de la costumbre montañera, el agente especial del «I. S.», chocó la suya también abierta.

Significaba aceptación y lealtad a un trato verbal. Y empezó el aprendizaje de Denis Logan. No le encomendaron un caso científico. Era aparentemente muy sencillo.

***

> «Walter Curtis, cuarenta y dos años, casado, nacido en Londres, fichado como falsificador, contrabandista en drogas, traficante en armas, ejecutor principal de tres asaltos a mano armada en industrias, agente al servicio de varias potencias, capturado en septiembre del 1949, fugado en enero del 1950.»

Este resumen lacónico aparecía mecanografiado en la cartulina donde dos fotos mostraban de frente y perfil a Walter Curtis.

Un rostro duro, de mandíbulas salientes, ojos grandes y claros, pómulos abultados, y frente ancha.

La ficha antropométrica, daba como talla, un metro setenta y ocho. Cabello castaño, ojos grises, boca firme, y como señas especiales, dos dientes de platino ocultando la falta del incisivo izquierdo. El bigote castaño ocultaba también la cicatriz del labio, cuando recibió el golpe que le privó de su incisivo.

Las dos fichas le fueron entregadas a Denis Logan por su introductor en el «Intelligence Service».

—Este va a ser tu primer trabajo, Denis. Pertenece a los «viejos» de la Sección que llamamos de «Choque». Lo conseguí para ti. Desde este instante, Denis, tú sólo vives para un fin: coger a esta pieza, viva si es posible. En estas fichas, tienes el retrato físico y la ejecutoria de Walter Curtis. El retrato moral puede definirse simplemente así: Walter Curtis es el jabalí más astuto de estos últimos diez años, y creo que el jabalí natural, tiene más sentido de la moral que Curtis. Este sería capaz de vender a sus propios padres, si los pobres no hubiesen muerto ya. Su madre, de agotamiento moral, por haber engendrado una bestia tan inhumana como lo es Walter Curtis.

—Es suficiente crimen. ¿Qué rastro hay de Curtis?

—En enero, hace exactamente veintisiete días, se fugó del blindado que le llevaba a Sydham, donde tenía que ingresar en la celda de condenado a muerte, en espera de la denegación de su indulto. Se fugó de la siguiente forma: un camión chocó brutalmente con el blindado, volcándolo. Lo conducía un energúmeno sin identificar, pero que suponemos era Jarvis Block, el alma gemela de Curtis, su lugarteniente. El caso es que fuera Block o no, apenas chocó, lanzó una rociada de plomo contra los agentes, matándolos. Después abrió con soplete la caja de carga, y se llevó a Curtis, que debía ir herido, porque quedaron rastros de sangre en la caja. La escolta de motoristas que precedía el blindado, apareció acribillada a tiros. Block o quien fuera, había tendido un alambre al paso, para derribar los dos motoristas.

—Hace veintisiete días. Estarán lejos los pájaros.

—No. Apenas se tuvo noticia por un automovilista que llegó al blindado minutos después, se formó el «cordón». Llamamos así a la vigilancia de puertos, aeródromos, carreteras y ferrocarriles, que se ciñe tan estrechamente a toda salida, que es imposible escapar. Por lo tanto, Curtis y su cómplice, están en la isla.

—Su cómplice o cómplices.

—No. Un agente agonizando, declaró que sólo había un hombre,

y su descripción parece corresponder a la de Jarvis Block.

—La ficha de Curtis, dice casado.

—Vas bien, cazador. La perdiz acude al reclamo. La esposa de Curtis, se llama Myrna Todd, y reside permanentemente en el ático del número 17 de Cheyne Walk, en Chelsea, el barrio de los artistas. No es artista de cabaret, ni fué de mala vida. Esto es lo más sensible: Myrna Todd, una honesta modelo de pintores… Bien, te aclaro lo de honesta, porque sólo prestaba su hermoso rostro para portadas de revista. Conoció hace dos años casualmente a Curtis, y parece ser que se enamoraron a fondo, ignorando ella la verdadera personalidad del que se presentó como aficionado rico, que compraba cuadros. Un bruto intelectual, una bestia refinada; así es Curtis.

—Si la quiere, irá por ella.

—Hay cuatro ojos fijos constantemente en todos los pasos de Myrna Todd. Pero esto lo sabe ella, y lo sabe Curtis.

—¿Jarvis Block, tenía también amores?

—Que se sepa, no. Y ahora, ven, Denis.

El experto fué a la ventana, descorrió la cortina, y le mostró al novato el exterior. En la obscuridad de la noche, las calles parecían vastos océanos de bruma, donde flotaban los halos de luz de los faroles, como pequeñas linternas de naves ancladas en tinta.

—En esta radiante claridad hallarás a Walter Curtis. No te citaré la aguja en el pajar, porque encontrarla es más fácil que hallar a Curtis. Puedes tardar dos noches, cinco días o tres años. Conoces el aspecto físico de Walter Curtis, y ahora te darán la ficha de Jarvis Block. Sabes la dirección de Myrna Todd. Sabes que la isla está acordonada, y que Curtis no ha podido escapar. Hijo mío, si con tantas pistas no encuentras a Curtis, me llevaré una desilusión.

La sonrisa irónica que bailaba en los ojos del veterano, era amistosa. Denis Logan se ciñó el cinto de su impermeable, recogiendo su sombrero.

—Tardaré dos noches o cinco días, pero yo cazaré a Curtis.

—Una pregunta, Denis. Te parecerá absurda, pero es esencial. ¿Cuántas novias has tenido?

—Ninguna. Por ahora…, me da miedo la mujer. Es muy bonita, pero me debilitaría, porque esclavizan.

—No te faltarían ocasiones allá en las montañas. Me resulta gracioso decírtelo, pero eres guapo de veras, según asegura la mecanógrafa. Añadió que te pareces mucho en mejor a Alan Ladd, sólo que tú eres moreno y menos fino.

—¿Quién es ese Ladd?

—Un artista de cine.

—Ya… ¿Y a qué vino hablarme de mujeres?

—Osos, jabalíes y zorros, los venciste en sus terrenos. Vencerás ante brutos astutos. Pero…, eres totalmente inexperto en lides femeninas, Denis.

—Guardándome de ellas, evito el peligro.

—¿No te has enamorado nunca?

—Por ahora, no.

—Entonces, por lo que más quieras, Denis, cuando te enamores, avísame. Te daré el billete de vuelta a tus montañas. Desconfía de ellas. De cada cien, vamos a afirmar que noventa y nueve son buenísimas, bien conducidas, pero la restante…, puede tocarte a ti.

—Descuida, te avisaré. Y ahora lo convenido. Yo soy cazador solitario. Me estorban ojeadores.

—Bien. Apenas salgas de aquí, daré orden a los dos que vigilan la casa y los pasos de Myrna Todd, que abandonen la vigilancia.

—Hay más. Voy solo. Podría confundir a otro cazador, con la pieza. Voy solo.

—Para eso te elegí. Irás solo.

—No volveré a verte hasta que no haya cazado a Curtis.

—De acuerdo. Pero para saber si sigues el rastro o lo has abandonado…

—Yo nunca abandono un rastro —dijo secamente, ofendido, Logan.

—Perdona. Quise decir que si en alguna esquina o en algún cubil, te cazan, necesito saberlo.

—No ocurrirá. Pero emplearé el truco veintidós. Cada domingo a las doce, telefonearé a la florista «Jenny» pidiendo gardenias. Cada jueves a las diez de la noche, telefonearé al gerente del «Rapsod», para que me reserve una mesa. Si fallo un domingo o un jueves, nos veremos en el Cielo.

El otro se limitó a asentir, estrechando a la inglesa la diestra del novato.

Desde arriba, el hombre del «I. S.» trató de divisar la silueta felina del que se internaba en la bruma londinense. Era imposible, casi tanto como cazar a Walter Curtis el condenado a muerte.

Pero en la calle, Denis Logan no sentía ni el intenso frío, ni la lluvia ni la pegajosa humedad. Por el contrario, tampoco pensaba en imposibilidades.

Su primera pieza humana, que dió muerte por dolor a su propia madre, la encontraría. Encaminándose hacia Chelsea, iba pensando en los mejores senderos para llegar al cubil de Curtis.

Era una caza bonita, mucho más interesante que la montañera. Una semana entera la había dedicado a practicar el tiro de pistola, pero seguía prefiriendo el cuchillo montañero que llevaba enfundado y sujeto por dos correas en el anverso del antebrazo

derecho.

Tiraba mejor el cuchillo con la izquierda, y el gesto al parecer de arreglarse los gemelos del puño de la camisa, era mucho más inofensivo y menos sospechoso que llevarse la mano al cinto, al sobaco o al bolsillo trasero del pantalón.

En el pórtico de un hotel de Picadilly, consultó su guía de Londres, que también había estudiado durante siete días. Iría a tomar apuntes visuales del domicilio de la enamorada esposa de Curtis.

No llamó ningún *taxi*, ni subió al *bus*, ni mucho menos penetró en el asfixiante ambiente del metro. Prefería andar, porque sus piernas necesitaban muchas millas diarias.

Llegar al 17 de Cheyne Walk era sencillo. En su léxico instintivo, Denis Logan meditó que la «tórtola» era un señuelo para el «gavilán». Pero no le gustaba la caza al acecho, y siempre había detestado la sufrida paciencia del pescador, o la inmovilidad en su barril del lago, al que esperaba el paso de los patos.

Cheyne Walk era una avenida elegante, de casas antiguas, interiormente provistas de todo el confort moderno. El número 17 tenía tres pisos. En el último, anidaba la «tórtola».

Frente al 17, había un salón de té. Entró Logan, sentándose en una mesa junto a las vidrieras que daban a la acera. Una camarera se acercó presurosa, con la libreta y el lápiz en ristre.

Sin mirarla, pero adivinándola, Logan hizo su pedido:

—Jamón ahumado, nata, y un jarro de té.

La camarera estaba acostumbrada a peticiones raras, porque aquel barrio abundaba en excéntricos personajes. Anotó, y se marchó. La cajera que había abandonado la lectura de una novela, para echar una distraída y profesional ojeada al cliente, ya no leía. Comentó con un guiño a la camarera, que aguardaba le fuera servido el pedido de Logan:

—Adivina, adivinanza…

Un juego también habitual. Eran observadoras, y trataban de adivinar la profesión y demás detalles de los clientes desconocidos e interesantes.

—Un pintor de cosas raras —replicó la camarera—. Soltero, demasiado mimado por las mujeres, y está esperando a un enemigo.

—Es un explorador, por el color de la piel. Detesta las mujeres, porque no le dejan en paz. Y se aburre en las ciudades. Sea lo que sea, lo seguro es que hace años que no he visto a un Adán de tantos quilates.

Denis Logan comió y bebió, lenta y meticulosamente. No fumaba. A las nueve y cinco minutos se levantó, después de pagar. Iba a explorar el primer «sendero».

En el vestíbulo del 17, un individuo asomó la cabeza por una especie de taquilla. Era el portero, y preguntó:

—¿A quién visita, señor?

—A usted no.

—La costumbre de la casa, es anotar las visitas, señor.

Denis Logan había ojeado el recuadro de buzones. Dos etiquetas en la línea superior. Una decía: «Myrna Todd». La otra: «Jacobo Zilay».

—Al señor Zilay.

—¿De parte de quién, señor?

—Denis Logan.

—Gracias, señor Logan.

Desdeñando el ascensor, Logan subió las escaleras. Jacobo Zilay, si los buzones correspondían a los pisos, era el vecino de ático de la esposa de Curtis.

Una escalera lujosa, con tapiz, molduras y un pasamanos aterciopelado.

Los rellanos anchos y bruñidos, con estatuas.

Una iluminación excesiva, cruda. Al llegar al rellano del ático, miró a la izquierda y a la derecha. Sólo dos puertas. En una había un rótulo, que fué Logan a mirar.

«JACOB ZILAY, pintor.»

Iba a pulsar el timbre, cuando la puerta al otro extremo del pasillo, se abrió. Salía una mujer, tambaleándose. ¿Ebria?…

Como esperando que le abrieran, Logan, adosado a un lado, «retrató» en un instante a la que avanzaba hacia el ascensor. Miraba fijamente la caja metálica, como fascinada…

Era alta, pelirroja. No se modelaba su cuerpo en el abrigo gris de astracán. Calzaba botas de agua, y la mitad de sus brillantes cabellos rojos, estaba cubierta por una boina en forma de casquete.

Abrió el ascensor, entró, y lo hizo descender.

Denis Logan no tocó el timbre, y bajó las escaleras, con la certeza de que no era visto desde el ascensor, porque saltaba los peldaños de un tramo, cuando la caja desaparecía por el siguiente.

Algo le despertaba su instinto. Aquella mujer que salía del piso de Myrna Todd, estaba aterrorizada. Tenía un miedo horrible. ¿A qué?…

La vió salir a la calle, andando con paso anormal. Como sostenida por resortes, o empujada por un horror indecible.

No era difícil seguirla en la bruma, porque se guiaba Logan por el eco del taconeo sobre la mojada acera.

El taconeo era expresivo, para el agudizado instinto del cazador.

No iba a ninguna parte, no tenía una meta… Huía…

Varias veces retrocedió para girar una esquina ya rebasada. Se detuvo dos veces. Una, ante un escaparate, para mirarse. Se miró, no por coquetería ni tampoco para cerciorarse de si era seguidla. Se miró… como si quisiera reconocerse, como si su pálido rostro en que destacaban grandes y asustados los ojos azules, no le fuera familiar.

La segunda vez, se detuvo ante una cabina telefónica callejera. Entró y rebuscó en el listín. Apoyó el índice manicurado sobre un nombre, y pareció reflexionar. Volvió a colocarse el guante, y no telefoneó.

El listín quedó boca abajo, por donde había buscado el nombre. Denis Logan no tenía respeto a las leyes civilizadas. Apenas ella salió, entró en la cabina y tiró del listín. Pero estaba sujeto por una cadena, y tuvo que sujetar ésta con la otra mano, para quedarse con el listín. Siguió el rastro del taconeo. De vez en cuando, el halo de luz de un farol, siluetaba la mujer pelirroja del abrigo gris, que ahora caminaba con una meta, pero seguía pareciendo un autómata.

Y por fin, penetró en la lujosa entrada de una casa de Harley Street. La calle de los médicos famosos, de consultas carísimas.

En la entrada, Denis Logan, con el listín doblado por el mismo sitio consultado por la desconocida misteriosa, leyó:

«JAMES BRODERICK, M. M. S. P., 153, Harley Street.»

Aquella casa era el 153. Y una placa de esmalte hacía resaltar en la puerta, al fondo del vestíbulo:

«JAMES BRODERICK, M. M. S. P.»

En aquella puerta, la pelirroja acababa de pulsar el timbre.

Denis Logan se acercó, meditando en la significación de aquellas cuatro letras: «M. M. S. P.».

La puerta se abrió. Hasta entonces, ni una sola vez la pelirroja había tenido consciencia de la persecución. De esto, Logan estaba segurísimo.

Apareció una mujer canosa, vestida de negro. Saludó:

—Buenas noches, señora.

La pelirroja habló, y en su voz fué evidente el trémulo mensaje de terror, de angustiosa desesperación:

—Necesito ver urgente al doctor.

—A esta hora, salvo cita, el doctor no recibe, señora.

—¡Por favor, le suplico que me reciba!

La secretaria del famoso Broderick también vió toda la

desesperación que alentaba en la visitante.

Cedió el paso, y la pelirroja entró corriendo, como buscando refugio. La secretaria miró interrogante a Logan, que susurró:

—Que la atienda el doctor. La acompaño.

La secretaria cerró la puerta. Al fondo, en otro salón, la pelirroja casi desplomada en un diván, sollozaba cubriéndose el rostro con las manos.

Denis Logan permaneció en la entrada. Poco después, regresaba la secretaria.

—El doctor le invita a pasar, señor. Antes de ver a la paciente, desearía ciertas aclaraciones.

Aplomadamente, Logan atravesó una sala lateral, siguiendo a la secretaria. Un mobiliario lujosísimo, impresionante por su buen gusto. Pero esto si bien ambiental, no interesaba a Logan.

¿Ante quién iba a verse? Era, excitante aquel inicio de la caza… Preguntó:

—¿Puede decirme lo que significan las letras M. M. S. P.»?

La secretaria, que ya tenía la diestra en el pomo de una puerta, se giró, y manifiestamente, por más reservada que era, se leyó en su semblante compasión ante la ignorancia del visitante.

—Significan «Medical Mental Surgeon Psychoanalyst». El doctor goza de una fama universal como especialista en enfermedades nerviosas, y es autoridad consultada en todos los Congresos de Psicoanálisis.

—Gracias.

Abrió ella la puerta, y anunció:

—El acompañante de la señora, doctor.

Denis Logan entró en un despacho que le recordó la Sala del Tesoro, de Londres. La misma penumbra, vitrinas con estatuillas y porcelanas, tapices, alfombras, y un olor a recinto cuidadosamente aseado.

Se dirigió hacia la pantalla que desparramaba luz azul sobre una larga mesa de ébano, tras la cual, se silueteó el busto de un hombre de unos cuarenta años, cabellos castaños, mandíbulas salientes y ojos claros.

—Siéntese, señor…

—Denis Logan, doctor.

Logan buscaba bajo el bigote poblado la señal de una cicatriz y en la boca, dos dientes de platino.

Pero la boca del doctor Broderick, al hablar, mostraba incisivos muy legítimos, limpios, pero levemente amarillos. Debía fumar mucho…

—A las nueve y cuarenta de la noche, no recibo visitas, a menos de ser señaladas por mí, señor Logan. Dice mi secretaria que la

señorita que está en la sala de espera, necesita urgente atención. Es mi costumbre observar sin ser visto, desde aquella mirilla. En efecto, la señorita necesita urgente atención. Está en el paroxismo del terror, pero no físico, sino moral. ¿Puede aclararme cómo ha sobrevenido la crisis? No se preocupe. La señorita está ahora en compañía de mi secretaria.

Denis Logan tendió la diestra hacia el aparato telefónico.

—¿Me permite una consulta, doctor?

—Si lo estima obligatorio…

Marcó Logan el número de «urgencia». Cuando le dieron la comunicación con Barney Reynolds, el agente que le había llevado al «Intelligence Service», preguntó:

—¿Quieres describirme física y moralmente al doctor James Broderick, de Harley Street, 153? Habla, te escucho…

El doctor encendió otra pantalla, cuya luz hizo visible su sonrojo, y el brillo colérico de sus ojos. Denis Logan, sin inmutarse, levantó la zurda imponiendo silencio. Escuchaba:

«Nuestro mejor psicoanalista, Denis. Un hombre irreprochable por todos conceptos. Yo pondría la mano en el fuego por él, y ya has tenido tiempo de saber que no me arriesgo tan fácilmente. Es alto, fuerte, cabello castaño, frente ancha, mentón duro, popularizado por la Prensa… ¡Dios santo, Denis! ¿No estarás pensando que Curtis…?»

—El doctor está enojado conmigo, Barney. Te ruego le supliques perdón de mi parte, y le asegures que puede confiar en mí.

Tendió Logan el aparato, y el doctor escuchó:

—«¡Santo Cielo, Denis! ¿Dónde estás?»

—El señor Logan está en mi despacho. Hablo yo, James Broderick, y me agradaría saber qué modales son los de este amigo suyo.

Las explicaciones de Barney Reynold debieron ser convincentes, porque a medida que escuchaba, se calmaba la expresión facial del famoso psicoanalista. Volvió a tender el auricular a Logan, que dijo:

—Necesito saber lo que le sucede y qué desea la mujer que hasta aquí he seguido, Barney. Tú eres más elocuente que yo. Habla al doctor.

Cuando el doctor colgó, comentó:

—El secreto profesional es inviolable, señor Logan, pero puesto que su servicio lo estima muy importante, atenderé su petición. Allí, tras aquel biombo, usted podrá escuchar cuanto aquí se diga.

El doctor encendió otra pantalla, y tocó un timbre, mientras Denis Logan se ocultaba tras el biombo, desde donde podía escuchar y por el juego de un espejo, ver.

La secretaria apareció por la puerta de la antesala, sosteniendo

por el codo a la pelirroja. A una señal del doctor, la secretaria desapareció, y pudo apreciar Logan, todo el valor persuasivo que poseía la voz del psicoanalista, al invitar a la misteriosa visitante:

—Al acudir a visitarme, señorita, lo ha hecho porque sabe que puede confiar plenamente en mí. No obstante, debo advertirla, porque me lo exige mi conciencia de médico, que si viene a exponer hechos que entran en la esfera delictiva, tendré la obligación de comunicarlo a las autoridades competentes. Hágase cargo que soy quien puede resolver sus problemas si son de índole moral, pero también sepa que no puedo silenciar confesiones que entren en el terreno delictivo. Este breve exordio lo hago siempre a mis clientes desconocidos. Usted acude al psicoanalista, porque está bajo la influencia de un terror moral. Tiéndase en este diván, respire profundamente, y trate de abandonar por entero toda crispación física. Permítame que la ayude… Así, la cabeza un poco más alta. Respire a fondo.

Por el espejo, Logan vió a la pelirroja, tendida en un ancho diván de cuero. Tenía los ojos cerrados, y respiraba con cierta dificultad.

La voz del médico llegaba precisa y acariciadora, como un sedante…

—Por si fuera su primera consulta, le aclararé ciertos detalles necesarios. El psicoanálisis no es ni lo truculento que pretenden las películas, ni lo milagrero que suponen sus adeptos. Se basa sencillamente en el afán de confesar algo oculto, que todos los humanos tenemos. Confesar a alguien que nos escucha con benevolencia, dispuesto a ayudarnos. Un delincuente no acude al psicoanalista. Puede hablar con abandono, sin recelo… Mientras usted va calmándose, llenaré los requisitos formularios.

El doctor estaba sentado tras una mesita, colocada en la cabecera del diván. Desenroscó el capuchón de su estilográfica, alisando la blanca hoja de un recuadro.

Inquirió:

—Dígame su nombre, apellidos, estado, domicilio…, en fin, lo que podríamos llamar su identificación… No se levante. Siga así. Es preciso que todo su cuerpo descanse, y a ser posible, también sus nervios.

La pelirroja volvió a tenderse, y cerrados los ojos, dominó un convulsivo sollozo, mientras replicaba:

—Es absurdo, doctor, muy inverosímil. Pero no sé cómo me llamo, ni quién soy, ni de dónde vengo. ¡Es horrible!

El doctor dejó la pluma sobre el recuadro, juntó las yemas de los dedos, instalándose más confortablemente en su sillón, y dijo:

—Por el contrario, no es absurdo ni inverosímil. Aquí ha venido,

y empezaremos por el final. Medite unos instantes, y recompondremos todo con lógica. Medite…

En el silencio de la penumbra, Denis Logan meditaba también. Asistía por vez primera a un experimento de aquella índole, y tenía la certeza indefinible pero avasalladora, de que la pelirroja asustada era el hilo de unión con Walter Curtis.

II

—¿Por qué ha venido a verme?

—Entré en una cabina telefónica, dispuesta a consultar a un doctor.

—En Londres hay aproximadamente unos tres mil médicos. ¿Por qué precisamente se fijó en mí?

—Me dolían las sienes. Sabía que alguien me iba a matar, y necesitaba saber por qué. Quería recordar qué hacía yo por la calle, de noche, y de pronto, me vi en un escaparate. Era yo… ¡sí, era yo! Pero no sabía qué nombre dar a mi persona.

—Vamos bien. No lleva usted bolso, pero en su abrigo hay la etiqueta del peletero. Permítame que la ayude a despojarse de su abrigo. Gracias. Un momento…

Inclinándose, el doctor, dejando el abrigo a un lado, miraba los cabellos rojos de la muchacha.

Quitó la boina, y apartó un mechón ondulado. Aplicó dos dedos sobre el mismo cuero cabelludo, y dijo:

—Aquí tiene usted una equimosis, muy reciente. Sangra un poco, pero la causa es más bien contundente que cortante. Le han dado un golpe con algo redondo. Trate de recordar.

—Me duelen las sienes, doctor. Debí caerme…

—Es posible —y mientras hablaba, el médico procedió a efectuar una cura en la pequeña herida, desinfectando primero, y aplicando después un diminuto parche impregnado de coloidal—. No es nada, si bien, complementando un estado anterior de excitación nerviosa, el golpe pudo producir en usted un *shock* pasajero de amnesia. Yo iré detallando su persona, señorita. No lleva anillos ni señal de alianza. Ninguna joya. Su ropa es de modisto caro. Este abrigo es de astracán legítimo, y desgraciadamente estoy en condiciones de afirmar que vale una pequeña fortuna, por cuanto mi esposa tiene uno semejante. Lleva la etiqueta de «Bommart», París.

Sin el abrigo, la amnésica mostraba un cuerpo bien modelado en un sastre gris, con blusa azul. El médico abrió la chaqueta.

—Unas iniciales entrelazadas: «J. y L.» que pueden también ser «L y J.» Mañana a primera hora, por conferencia con «Bommart», sabremos qué cliente adquirió un astracán gris, a las iniciales de esta blusa. De momento, sigamos. Por más confusos que le parezcan sus pensamientos, debe decírmelos, aunque sean pueriles, tétricos o

incomprensibles. Es sencillo: diga en voz alta lo que va pensando. Con toda sinceridad.

—Una cosa redonda, del tamaño de una pelotita, salta constantemente, haciendo un ruido gracioso… Una ruleta, ¡eso es! Sí, en Montecarlo. Y una simpática rubia se acerca. Nos vamos en coche a una villa, al borde del mar. Jugamos a los naipes… ¡Naipes!… Eso es… Pretenden que yo tengo el tres de tréboles, porque antes hice un juego de manos. Yo digo que no. Y no sé cuándo, la misma rubia simpática, se pone furiosa, y quiere pegarme. Yo la empujo, porque… ¡Ella me pegó en la cabeza con el puño! Sí, doctor…

—Seguro. Porque la herida de su cabeza tiene el aspecto de haber sido producida por un anillo con una piedra, que cortó… Vamos bien, señorita. Siga hablando.

—Me pega, pero yo me defiendo, y ella cae. La veo en el suelo, y me duele la cabeza. Entonces veo un ascensor, y entro… Después, mucha niebla, y cuando voy sintiendo menos dolor, me cuesta creer que no sé dónde estoy ni dónde voy, hasta que una cabina telefónica me atrae. Y tenía mucho miedo, porque sé que pretenden matarme.

—Son varios, además de la mujer rubia y simpática. Usted ha reiterado que «pretenden» matarla.

—Intento ver, pero sólo apercibo la mujer rubia que me ha golpeado y cayó al suelo.

—Una sola pregunta: ¿por qué no acudió a la policía, señorita?

—Tengo miedo de la policía. Yo sé que no soy una delincuente, pero tengo miedo de acudir a la policía.

—Yo puedo proponerle una solución. Tengo un amigo de plena confianza, un hombre decidido, en cuya compañía usted no correría el menor peligro. Yo tengo la certeza que usted no es una delincuente, y si lo ha sido últimamente, sería puramente circunstancial. ¿Usted, de mí, qué es lo que concretamente sabe?

—Que es una eminencia científica y caballero muy respetable.

—Entonces, confiando en mí, voy a darle un simbolismo: apóyese con todas sus fuerzas en el brazo de Denis Logan, este amigo que le he citado. Él, con su valentía y decisión, y yo con mis buceos en su mente, vamos a ayudarla, señorita. Tome este calmante, y duerma aquí mismo. Nadie vendrá aquí, y cuando despierte, le presentaré a Denis Logan. ¿Estamos de acuerdo?

—Todo lo que usted, me aconseje, doctor, con tal de que cese esta pesadilla.

Bebió ella el soporífero, y de nuevo se tendió. El doctor la estuvo contemplando unos instantes, y por fin, se dirigió hacia la derecha, tocando en el hombro a Logan, y abriendo una puerta, oculta por el

biombo, entró y dando luz, hizo visible un corredor, que conducía a una escalera.

Se detuvo en el primer peldaño.

—Una amnesia no fingida, Logan. Y sabe usted más que ella, que ahora dormirá sus buenas diez horas. ¿Usted sabe de dónde salía?

—Sí.

—Entonces averigüe si allí hay una mujer rubia y simpática. Respondo de la paciente hasta… —miró su reloj— …hasta las ocho de mañana por la mañana. Buenas noches, Logan.

—Muchas gracias, doctor.

—Hay un tres de tréboles al parecer importantísimo. La mención de la palabra «naipes» altera a la jovencita pelirroja. Encamine sus pesquisas acerca de estos naipes, y del tres de tréboles. En fin, es su oficio. Buenas noches. Y le advierto que ahora voy al teatro, y a partir de las doce de la noche, empiezo a tener sueño.

En la calle, Denis Logan caminó a largas zancadas hacia Cheyne Walk, 17. Halló el pórtico cerrado, y a su llamada acudió el portero.

—No vi al señor Zilay.

—Puede pasar, señor Logan. Ahora, sí que está en casa el señor Zilay.

Denis Logan se encaminó rectamente a la derecha del ático, hacia la misma puerta por donde viera aparecer a la pelirroja.

La puerta no estaba cerrada. Por el resquicio se divisaba un amortiguado resplandor de luz. Instintivamente, Logan se llevó los dedos de la zurda al puño derecho.

Empujó suavemente la puerta, y entró en elástico salto. Era un recibidor elegante, y al fondo, una puerta de cristales también entornada, comunicaba con el resto del piso.

No se oía rumor de humana presencia. Cerró Logan la puerta exterior, apoyando en ella las espaldas. No quería perder de vista la cristalera. Había luz…

Empujó la cristalera, y se halló en un corredor, con dos puertas a cada lado cerradas, y al fondo, una sala anchurosa.

Avanzó tanteando cada puerta, que fué cerrando desde fuera con el pestillo. Al llegar a la sala del fondo, comprobó que estaba destinada a comedor, sala de estar y biblioteca.

Junto a una mesita, sobre la que había un teléfono, y a los pies de un sillón, había una mujer extendida boca arriba.

Su postura era forzada. Aquella contorsión de piernas, no era normal. Era muy rubia, de rostro blanco, donde resaltaba la roja boca.

Denis Logan recorrió a lo ancho y a lo largo la sala, comprobando que las ventanas estaban cerradas, así como las dos puertas.

Regresó para arrodillarse junto a la que en el suelo, respiraba tenuemente.

Cerca del cuello había una figurilla de porcelana, rota en pedazos. Alguno de los pedazos estaba manchado de sangre.

En la nuca, al levantar Logan los largos cabellos rubios, vió una extensa mancha sangrienta. Miró en rededor, tratando de recordar cuál era el cuarto de baño.

La segunda puerta a la izquierda, en el pasillo. Encontró un armario marcado con una cruz pintada en rojo. Cogió algodón, vendas, agua oxigenada y esparadrapo.

Al regresar a la gran estancia, la mujer rubia seguía en el suelo. Respiraba con más fuerza, pero continuaba inmóvil.

Vestía un pijama de seda color lila, y un batín azul. Calzaba babuchas de piel azul.

Logan cogió entre sus brazos a la desvanecida, y la depositó sobre la cama turca que había en un rincón. La depositó de bruces, y fríamente fué limpiando la herida, donde el agua oxigenada primero con burbujas rosas, después blancas, iba saneando los bordes de la grieta.

Hizo un apósito, vendó flojamente, y aseguró con esparadrapo. Después, volvió a colocar a la muchacha herida, boca arriba, tendiéndola de nuevo en el suelo, exactamente donde la encontró.

Un reloj de pared en un rincón, empezó a emitir un graznido ridículo. Lo producía un cuco metálico, saliendo de su casilla, y cantando las once de la noche.

Al décimo graznido, la mujer se movió. Al undécimo, levantó un brazo, que volvió a caer desmayadamente.

Cuando volvió el silencio, la mujer se fué incorporando lentamente, asiéndose al brazo del sillón, a tientas. Movió la cabeza, y emitió un gemido de dolor.

Por fin, logró dejarse caer en el sillón, y abrió los ojos.

Era un rostro precioso, muy digno de ilustrar portadas destinadas a la belleza femenina. Destacaban más los negrísimos ojos en aquella tez de rubia clara.

Denis Logan, sentado en un sillón a tres pasos del ocupado por la herida, la miraba casi con indiferencia.

Ella, tardó unos instantes en encontrar las palabras adecuadas.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

Su voz, aunque algo trémula, no manifestaba las palabras adecuadas.

Denis Logan se quitó el sombrero.

—Iba a visitar al señor Zilay, para un encargo. Me equivoqué, y vine a esta puerta. Estaba abierta, y llamé al señor Zilay. Nadie respondía, y sin embargo, la puerta estaba abierta. Entré, seguí

llamando. Nadie respondía. Entré siempre más adelante, y la encontré a usted tendida en el suelo y herida. Busqué el cuarto de baño, traté de curarla, y esperé. No viendo rastros de caballete ni pinturas, deduje que no era este el departamento del señor Zilay. Pero, no habiendo nadie más en el piso, me quedé por si necesitaba ayuda.

Myrna Todd se palpó el cuello lentamente, pasando la mano por la nuca, y moviendo con cuidado la cabeza. Miró después el reloj de pared y exclamó:

—¡Las once! Todo este tiempo…

—No se ha desangrado, ni tiene nada roto, señorita. Un desmayo, nada más.

—Casi una hora y media… desmayada.

—El golpe en la nuca produce largos desmayos. Lo sé porque en mi tierra, hay leñadores muy robustos que han estado más de tres horas sin sentido, de resultas de un golpe en la nuca.

—Si fuera tan amable de alcanzar aquella licorera… Creo que un sorbo de coñac, me vendría bien. Siento mareos…

Denis Logan se llegó hasta, la licorera, de donde extrajo una botella y una copa. Sabía que una mirada fija, inquisitiva, estaba, clavada en todos sus menores movimientos.

Pero al dar media vuelta, Myrna Todd, cerrados los ojos, gemía dulcemente. Pestañeó, al oír caer en la copa el ambarino licor.

—Perdone… Debí invitarle a beber —dijo, cuando, hubo apurado la copa.

—Soy abstemio. Sólo de vez en cuando, bebo cerveza «ale».

—Usted es escocés.

—De las Altas Tierras, montañés. Me llamo Denis Logan, y celebro haberle sido útil. Ahora con su permiso, me retiro.

—¡Oh, no se vaya! Siéntese, por favor. Le estoy muy agradecida, y admiro su serenidad, señor Logan. No me ha hecho la menor pregunta, y sin embargo, nos hemos conocido en circunstancias raras.

—En la montaña, nunca preguntamos tonterías.

—¿Tonterías? No le entiendo, señor Logan.

—Lo que no nos importa, nos tiene sin cuidado. Usted estaba herida, y yo la atendí. Eso es todo.

—Resulta usted muy raro. Parece como si fuera muy natural… encontrar a una desconocida herida, curarla, esperar a que se reponga, e irse.

—¿Qué más me tocaba hacer? Perdone, pero soy un provinciano. Hace tan sólo una semana estaba en Escocia, y nunca salí de la Montaña. Vine a Londres, buscando algún trabajo que me cuadrase. Un amigo de allá me encargó que un buen pintor sacase

un cuadro de un retrato. Me dijeron que Jacobo Zilay tenía por costumbre trabajar a partir de las once de la noche, y eso es todo.



El oso dió el segundo zarpazo, porque sobre su espalda había saltado Logan...

—Un británico, hubiera invocado la sagrada palabra «policía». Es lo reglamentario. Telefonear a la Ley, que indague, cómo me herí, y por qué estaba abierta la puerta de mi piso.

—Bien. Allí tiene un teléfono.

—Tal vez no desee yo que molesten a la persona que me golpeó.

—Entonces, no telefonee.

Ella sonrió, pero crispó los labios, al producirle la mueca un

reflejo doloroso en la nuca.

—Me gusta usted, señor Logan.

—No me disgusta usted, señorita.

—Lo dice tan seriamente, que resulta muy simpático. No vaya a encargar su cuadro a Zilay. Es un húngaro orgulloso, que pinta muy bien, pero no precisamente reproducciones de retratos. Se ofendería. Yo puedo recomendarle un pintor más adecuado. Le debo una explicación, señor Logan.

—A mí no me debe usted nada en absoluto.

—Por la misma razón que es usted serenamente indiferente, voy a decirle que fué una amiga mía la que me produjo esta herida. Discutimos, nos acaloramos, yo le di un golpe en la cabeza, y se ve que ella, me correspondió. No quisiera que a ella le pasara nada. ¿Me comprende?

—Perfectamente, señorita.

—Me llamo Myrna Todd. Me casé…, pero hace ya seis meses que mi marido desapareció. Por esto me hallo aquí sola. No tengo amistades ni familiares en Londres. Dígame: ¿usted cree que es necesario que llame a un médico?

—No es preciso. Bastará con que alguien le renueve el apósito, pero si un médico pusiera unas grapas en los bordes de la herida, la cosa se arreglaría antes.

—Tengo un sopor de modorra. Creo que dormiría mucho, si me dejara vencer.

—Déjese.

—No puedo. Yo quiero evitar que mi amiga tenga un disgusto. Debo ir a decirle que fuimos las dos unas tontas…

—Bien hecho. No me necesita ya, señora Todd.

—Sí… A solas por las calles ahora, podría darme un nuevo desmayo. ¿Tiene inconveniente en acompañarme hasta el hotel de mi amiga?

—Ningún inconveniente.

—Gracias. Ayúdeme a llegar hasta mi alcoba. Me vestiré en un instante.

En el brazo que tendía Logan, se apoyó ella. Trató de levantarse, pero no fingía el dolor que distendía su rostro, al intentar ponerse en pie.

—Creo mejor que telefonee, y se quede durmiendo después, señora Todd.

— Sí… Será mejor. Sea amable, Logan. Le considero casi ya como un amigo de confianza. ¿Quiere marcar el número del «Carlton»? Lo hallará en el listín.

Por segunda vez en la noche, Logan consultó un listín. Marcó el número del mejor, hotel de Londres.

—Pida por la señorita Joyce, Lea Joyce, habitaciones «B» del seis. Diga que Myrna Todd desea hablar con Lea Joyce.

Al teléfono, Logan repitió el encargo. Al cabo de un minuto, el conserje hizo saber que la señorita Joyce no había regresado al hotel. Que tomaba nota, para tan pronto llegase, comunicarle la llamada.

—Pobrecilla… Estará a lo mejor quién sabe dónde. No sé qué hacer…

—Duerma, y mañana será otro día. Es lo más sensato.

—Tiene razón. Mañana será otro día. Si está solo en Londres, acépteme por guía. Llámeme mañana a las diez. ¿Lo hará?

—Sin falta. No se moleste. Conozco el camino.

—Mil gracias, Logan. Es extraño, pero su modo de ser, me inspira una plena confianza.

—Lo celebro. Hasta mañana, señora Todd.

—Hasta mañana.

Denis Logan abandonó el piso, descendió por las escaleras, y se perdió en la bruma de la noche. Sabía ya que la pelirroja se llamaba Lea Joyce, y vivía en el «Carlton».

Le quedaba por saber qué era lo que Myrna Todd pensaba de él. Pero ya estaba en el cubil. Había franqueado el umbral del nido. Estaba sobre el rastro.

Entre la niebla, se dirigió hacia su hotel. El «MacCallum», donde todos los escoceses se alojaban con preferencia a los demás.

***

Myrna Tood, tan pronto se hubo ido Logan, volvió a beber, porque el calor del coñac disipaba su malestar. Tardó unos minutos en recorrer la distancia que la separaba del teléfono.

No marcó ningún número exterior, sino que conectó con el servicio interior. Un servicio interior particular, montado según el diseño que le había facilitado Zilay.

No habló, sino que sopló tres veces en la boquilla. Bastaba para que el timbre zumbador repercutiera sordamente en tres lugares distintos del piso del pintor húngaro.

Cinco minutos después, la puerta se abrió, y entró un individuo de baja estatura, cuello de toro, y espaldas macizas. Vestía pantalones de pana, chaquetón de terciopelo negro, y una gran bufanda blanca le envolvía el poderoso cuello.

Calzaba babuchas de piel roja, con suela de fieltro.

—Siéntate, Jacob. A las nueve cité a Lea, y le dije que si no me entregaba los naipes que faltan, y en especial el tres de tréboles, no podría evitar que la matasen. Me insultó. Dijo que ya sabía quién

era mi marido y que así tuviera el tres de tréboles, no me lo daría, porque ella no ayudaba a criminales. Yo perdí la calma, Jacob, y le di un golpe… Recuperé el sentido a las once.

Y ahora explicó con todo detalle la presencia de Denis Logan. Terminó preguntando:

—¿Qué haremos ahora, Jacob?

—Tu marido necesita el tres de tréboles, Myrna. Es para él una cuestión de vida y muerte. Ahora… a lo mejor está todo el Servicio Secreto en torno a tus pasos, alertado por Lea.

—Nadie sospecha de ti, Jacob. Te he llamado solamente para que avises a Walter. Dile que siga donde está, y que yo cumplo. No te insistí mucho, cuando me dijiste que Walter ordenaba que no hiciera yo el menor intento para verle. Que hice amistad con Lea Joyce, y que esta noche, como por mediación tuya me ordenó, cité a Lea.

—Lo haré. Pero ahora, dedícate a cultivar la amistad de Denis Logan. Puede que sea casual, y realmente se trate de un montañero provinciano. Pero puede también que sea un agente listo. Déjame averiguar por mi cuenta, y mañana por la noche, estaré en condiciones de decirte qué puntos calza Denis Logan. Ahora, atenderé tu herida. Y dormirás. Si la policía viene con Lea a preguntarte lo que hay sobre cierto tres de tréboles, alegarás lo que mejor te parezca. Por ejemplo, que la pelea fué porque ella te insultó. Mostrando tu nuca, tienes un buen abogado defensor. Mañana por la noche, sabremos quién es Denis Logan. Ahora, hay que pisar con más cuidado, Myrna, porque Lea ha recibido la primera amenaza de muerte.

—¿Se… enfadará Walter cuando sepa…?

—No seas niña. Walter no quiere en el mundo más que a una persona: a ti. Y el tres de tréboles es necesario para que se salve. Hasta mañana por la noche, Myrna. Ahora, a descansar.

***

En su hotel, Denis Logan, antes de dormirse, había resumido sus deducciones: Lea Joyce, la pelirroja, tenía o no cierto naipe que Myrna Todd deseaba obtener. Era ya mucho camino adelantado.

A la mañana siguiente, a las siete en punto, duchado, y habiendo desayunado, causando la admiración del camarero porque Logan desayunaba lo que hubiera servido de almuerzo y cena para una persona normal, y en cambio, sólo verificaba otra comida más, a las nueve de la noche, el escocés salió a la calle.

La neblina era menos densa, pero el frío intensísimo, hacía que los escasos transeúntes aparecieran envueltos en toda clase de

prendas de abrigo.

En cambio, para Logan aquel frío era casi tibieza, comparado con el invierno montañés. Estaba deseando lo que no venía… Que alguien siguiera sus pasos. Nadie le seguía, y llego con cierta desilusión a Harley Street, 153.

Esperó media hora, y por fin, la secretaria le introdujo en la sala de consulta del doctor. En el diván, cubierta con una manta, Lea Joyce dormía.

James Broderick saludó, mostrando un sillón a Logan. En pie, junto al diván, levantó la cabeza de la durmiente, y aplicó entre sus labios un tubo de cristal, curvado, cuya base bañaba en un recipiente que contenía un líquido color rubí.

Al quedar vacío el recipiente, de nuevo el doctor dejó reposar la cabeza de Lea Joyce, y volviéndose a su mesa, explicó:

—Un cordial, para quitar los efectos desagradables del soporífero. No tardará en recuperar el pleno dominio de sus sentidos.

Lea Joyce se removió, pestañeó, apartó la manta, miró en rededor, y por fin, tras contemplar a los dos hombres, murmuró:

—¿Dónde estoy?

—Soy el doctor Broderick, y éste es mi amigo de confianza, del que le hablé anoche, Denis Logan, hombre de acción, el mejor protector físico para usted. ¿Qué tal se encuentra?

—Algo confusa, doctor. Ya recuerdo. Vine a visitarle, porque… ¡no puede ser! Otra vez, doctor, otra vez —se quejó ella, infantilmente—. ¿Es que estoy loca? ¿Es que…?

—Cálmese. Hemos quedado que nosotros dos vamos a ayudarla. Usted sufre una amnesia muy pasajera. Mi amigo Denis Logan ha estado trabajando ¿esta noche y a lo mejor le trae noticias que complementarán el proceso natural de su vuelta a la normalidad. No debe preocuparse lo más mínimo, señorita. Es un estado transitorio, que para nada afecta el organismo. Voy a desayunar, y estoy seguro que Denis Logan será mucho más eficaz que yo. Vuelvo dentro de quince minutos.

Se fué el médico, y ella miró con recelo al joven escocés. Denis Logan, con su habitual flema, expuso:

—Considéreme el ayudante del doctor. Ambos sólo pretendemos volverle el uso normal de su personalidad. Usted ha sido amenazada de muerte, y no quiere acudir a la policía, porque no sabe claramente si ha cometido algo contra la Ley. Eso a mí me tiene sin cuidado. No soy un pistolero, ni un cínico. Soy simplemente un hombre que le afirma que estando usted en casa del doctor, o en el mismo infierno, y estando yo a la vista, ningún daño puede sucederle. Llámeme fanfarrón, si quiere.

—Creo… que es como dice, señor Logan.

—Más rápido será que me llame Logan a secas, Lea.

—¡Lea! ¡Lea Joyce! —exclamó ella, excitada.

La secretaria, tras el biombo, anotaba taquigráficamente cuanto oía.

—Poco a poco, Lea. Como dijo muy bien el doctor, el psicoanálisis no es ni truculento ni milagrero. Usted se llama Lea Joyce, y fué a visitar a una señora llamada Myrna Todd…

—¡Myrna Todd!…

—Oiga, si pega estos respingos, se va a caer del diván. Estuvo como decía, en casa de Myrna Todd, y discutieron acerca de un tres de tréboles. Perdieron los nervios, cosa muy femenina, según he oído comentar, y ella le dió un puñetazo a usted, y a la recíproca, usted le dió un golpetazo con una estatua de porcelana, abriéndole una rendija en la nuca. La señora Todd goza de excelente salud, y estaba muy inquieta, tanto que telefoneó al hotel «Carlton», y el conserje dijo que usted no había regresado aún, como es lógico, puesto que desde anoche, apenas salió del piso de Myrna Todd, y después de unos paseos sin meta por las calles, acudió usted al doctor. Bien, ahora, respire a fondo, y siéntese.

Inconscientemente, Lea Joyce obedeció. Miraba a Logan como quien contempla a un prestidigitador. Y ansiosamente, preguntó:

—¿Qué más?

—De momento, eso es todo. Usted es la que debe hablar.

—Cuanto me ha dicho usted es exacto, pero lo veo como una cosa muy alejada, una película que hubiese visto hace años. Parecerá mentira, pero no sé más. No sé qué es ese tres de tréboles, pero la mujer rubia y simpática se llama Myrna Todd, y casualmente me enteré de que su marido… ¡eso es, su marido, es el criminal llamado Waller Curtis, el fugado de presidio, el condenado a muerte!

—Entonces, le conoce a él.

—No sé. Yo…

—No se ponga tensa como un alambre, Lea. Sin forzarse, volverá usted a recordar. De momento, acepte la hospitalidad del doctor. Yo vendré tan pronto averigüe novedades. Ande, tranquilícese, que la cosa va por buen camino.

Ella miró a Logan con una expresión que éste recordó haber observado en una corza herida, se arrastraba en un bosque, 'intentando escapar de una jauría de perros aullando.

—Bah… Pronto saldrá el sol, Lea —dijo Logan, que con primitiva naturalidad, hizo un ademán. Pasó la diestra por el cabello pelirrojo, y ni ella sintió extrañeza, ni él puso el menor equívoco en aquella caricia protectora—. Yo busco la pista, y usted

aquí tranquila. Hasta pronto.

Fuera de la sala, esperó unos instantes Logan. Apareció el doctor, por vez primera, humano, sonriente. Dijo:

—Amigo, usted sería un magnífico ayudante. Su modo de tratar a las criaturas asustadas, es soberbio. Y trabaja rápido. Mi secretaria acaba de leerme el diálogo. Lea Joyce está en buenas manos. Mi esposa se ha interesado por el caso, y ahora desayunarán juntas. ¿Usted, qué piensa hacer ahora?

—Ir al famoso Hyde Park, y esperar a que sean las diez de la mañana.

—¿Por qué precisamente las diez?

—Tengo cita con Myrna Todd.

—¡Diantres! —exclamó, sin poderse contener, el doctor—. Usted es un as.

—No. Soy un novato, doctor. Hasta luego.

A las diez de la mañana, Logan telefoneaba. A su saludo, replicó Myrna:

—Puede pasar a recogerme, Denis. Estoy vestida, y esperándole.

—Voy.

Quince minutos después, Myrna Todd, deleitable visión femenina, sonreía a Logan. Alrededor del cuello una cinta con un camafeo, disimulaba el apósito, y cerraba la blusa.

—¿No me pregunta qué tal me encuentro, Denis?

—Pregunta fútil, Myrna. Está radiante de belleza, y sus ojeras son un complemento más a sus múltiples atractivos.

—¡Gracioso! Piropea usted como si valorara una piedra o un paisaje. Sin calor, sin entusiasmo. Usted aborrece a las mujeres.

—No. Les tengo miedo. Eso es todo.

Rió ella suavemente. Y recogiendo su manguito y chaquetón, comentó:

—Todavía no sé si es usted un Don Juan expertísimo, o un ingenuo provinciano. Pero me gusta su compañía. ¿Me acompaña al «Carlton»?

—Donde usted me guíe, Myrna.

En la calle, llamó ella un *taxi*. Y en el interior, expuso:

—Tengo la obligación de decirle que la policía sigue todos mis pasos, Denis. Tal vez le interroguen, al verle conmigo. Yo soy la esposa de Walter Curtis. No me diga que no sabe quién es Walter Curtis.

—Lo digo.

—¿Es posible? ¿No lee periódicos?

—No. El mundo anda loco, dicen los ancianos, y no me interesan las locuras.

—Mi esposo… se fugó de la cárcel. Estaba condenado a muerte.

Hace ya seis meses, y la policía cree que él volverá a mi lado. Por esto me vigilan.

—Bien honrado por su confidencia, Myrna, pero a mí no me importa. Hemos llegado.

El *taxi* se había detenido. Bajó ella, apoyándose en el hombro de Logan, e indicando al chofer:

—Aguarde.

En el mostrador, el conserje informó que la señorita Joyce no había dormido en el hotel, ni estaba aún visible, ni había telefoneado.

De nuevo en el *taxi*, dijo Myrna:

—A la comisaría, central, chofer. Estoy segura que le ha pasado algo a la pobrecilla. Y lo mejor es acudir a Scotland Yard. ¿Tiene inconveniente en acompañarme, Denis?

—Ninguno.

Guardó ella silencio. Y al poco, un complaciente sargento de guardia, al oír la declaración primera de Myrna Todd, que dijo ser la esposa de Walter Curtis, replicó:

—Asunto superior, señora. Tengan la bondad de seguir a este agente. ¡Eh, Pat! Acompaña a los señores al despacho del comisario.

El comisario escuchó el relato de Myrna, que dijo que la noche anterior, a las nueve, llamó a su amiga Lea Joyce, para ir juntas, al teatro. Que su amiga acababa de saber que era la esposa de Curtis, y que se enojó, discutiendo, y pegándose, lamentablemente. Explicó entonces la intervención de Logan, al cual el comisario dedicó una mirada poco amable.

—Su primera obligación, señor Logan, era llamar a Scotland. Le agradezco sus declaraciones, señora… aunque son algo tardías.

—No quise informar de lo que me parecía vergonzoso arrebato. Pero al saber que la pobrecilla Lea no ha aparecido por el hotel «Carlton», temo por ella.

—Investigaremos, señora. ¿Su residencia, señor Logan?

—Hotel «MacCallum».

—¿Profesión?

—Guía montañero y cazador.

—¿Motivo del viaje a Londres?

—Buscar trabajo.

—¿Referencias?

—Cualquier escocés le dirá quién es Denis Logan.

—¿Sí? ¿Cualquier escocés? Vamos a verlo —dijo el comisario, pulsando un timbre. Asomó una cabeza—. Pat: llame a Linkers.

No tardó ni medio minuto en presentarse un pecoso sujeto, que se cuadró en su uniforme ante el comisario.

—Linkers: usted es escocés, y está siempre al corriente de cuanto

sucede por la Montaña Alta. ¿Quién es Denis Logan?

—El actual campeón de los festejos, señor. Ha superado las mejores marcas en lanzamiento, carrera y lucha, señor. Es también el mejor cazador de osos, señor. Es el orgullo de Escocia, señor.

El comisario sonrió, y señaló a Logan. El policía miró, y casi con reverencia, exclamó:

—¡Dios te bendiga y guarde, Denis Logan! Perdón, señor —añadió precipitadamente, poniéndose de nuevo firme—. Este caballero es Denis Logan. No mienten las fotografías de la mejor revista escocesa.

—Gracias, Linkers. Puede retirarse. Quede tranquila, señora. Ya le comunicaré noticias de la señorita Joyce. Y usted, señor Logan, que sea grata su estancia en Londres. Un gran deportista como usted, no puede proporcionar el menor disgusto a nadie, legalmente hablando.

De nuevo en el *taxi*, ella indicó la dirección de una galería de pinturas. Y mientras pasaban ante los cuadros, en salas desiertas, dada la hora, ella manifestó de pronto:

—Si usted busca trabajo será porque necesita dinero. Puede usted aliviar mi inquietud y a la vez, beneficiarse. No se ofenderá si le indico que dada su fama de campeón escocés y provinciano, no extrañará a nadie que vaya preguntando por todas partes, noticias de una señorita pelirroja, llamada Lea Joyce.

—No me sería difícil.

—Y si la encontrase, actuando así como un detective privado, me presentaría usted la minuta. Gastos pagados, y cincuenta libras; ¿le parece bien?

—Me parece espléndido. Adiós.

—¿A dónde va usted?

—A buscar una pelirroja llamada Lea Joyce.

Rió ella, y Logan se marchó. A las doce y media, cuando volvió a comprobar que nadie le había seguido, entraba en el consultorio del doctor Broderick. Lea Joyce sonrió tímidamente, como avergonzada de ser un «caso» clínico, y declaró:

—Sigo sin recordar nada, Logan.

—Hay un medio sencillo. Esta noche se enfrenta usted con Myrna Todd, en mi presencia. Y todo se aclarará.

—Tengo miedo.

—Estando conmigo, no debe tenerlo. Y saldrá poco a poco de su amnesia. Es sencillo. Myrna me ha tomado por un provinciano ingenuo, porque lo parezco, pero en los montes y campos abundan los cazurros socarrones, que no son tontos aun pareciéndolo. Ella me ha ofrecido cincuenta libras y gastos pagados para que la busque a usted. Dice que está muy inquieta. Me cree preguntando

por todos los sitios. La encontraré a las siete de la tarde en un hotel de los barrios bajos. Usted tiene miedo, y no sabe de qué. Ha recibido un golpe en la cabeza, y sufre amnesia. Eso es todo.

—Me amenazó de muerte si no le daba el tres de tréboles…

—Que la oriente sobre ese naipe. Usted se lo dará, si ella le aclara cómo pudo perderlo.

Poco a poco, Lea Joyce se convenció, influida por la confianza que se desprendía del escocés. Prometió que a las siete en punto tomaría un *taxi* hacia un hotel del Soho, y allí esperaría la llegada de Myrna y Logan.

A las siete, Denis Logan telefoneaba a Myrna. Todd, diciéndole que después de haber pasado ocho horas consecutivas interrogando chóferes de *taxi*, había dado por fin con el paradero de una pelirroja, con abrigo de astracán gris.

Añadió que estaba frente al hotel del Soho, y que allí esperaba. A los diez minutos, se apeaba de un *taxi* Myrna Todd.

—He hablado con la pelirroja. Juega un raro juego. Los empleados del hotel dicen que debe estar loca. He hablado con ella, y parece como si estuviera bebida. Sonríe neciamente, asegura llamarse Lea Joyce, pero no recuerda nada de nada.

—Vamos a verla, la pobrecilla. Es usted un talento, Denis.

Un camarero bastante desastrado dijo que Lea Joyce había subido a su cuarto, el 32. No había ascensor, y el sofoco de Myrna Todd podía atribuirse a la subida, cuando se detuvo ante la puerta y llamó.

Abrió Lea Joyce, que al ver a la visitante retrocedió alelada. Myrna entró de prisa, y cerró la puerta Logan.

—¡Querida Lea! Vengo a que me perdones. Ayer fuimos dos bobas, al pelear tan impropiamente. Te pido perdón, y abrázame.

—Usted es Myrna, la esposa de Walter Curtis.

—Sí, querida. Haz memoria. Nos conocimos en Montecarlo, en Navidades. Y ayer noche te pusiste furiosa, por no haberte yo dicho que era la esposa de Walter. Nos acaloramos, y ya no sé más. He comunicado a la policía tu desaparición, y por suerte este amigo mío, te encontró. Te presento a Denis Logan.

—Tanto gusto —dijo Logan—. A ver, señorita Joyce, ¿qué es lo que dice que le pasa?

—No me creerán, pero no recuerdo nada de nada, salvo que esta señora me pidió anoche un tres de tréboles, y me dijo que si no lo daba así como otros naipes, alguien me mataría.

—Vamos, vamos, querida —sonrió, apaciguadora, Myrna Todd —. Son figuraciones tuyas.

—¡No! Ya empezó usted con esto en Montecarlo, y no paró hasta verme en Londres, y pedirme lo mismo.

—Yo no te amenacé, querida. Pero ya que hablas de la baraja, trata de recordar. No creas que me engañas, Lea. Estás fingiendo no recordar. Para ti, los naipes que cogiste no tienen el menor valor. ¿Por qué te empeñas en negarlo? Y en cambio para mí tienen un gran valor afectivo. Es como si pierdes un diamante caro, en que sólo es dinero el perdido. Pero perder un broche de cinco peniques, regalado por tu madre, esto sí que no tiene remedio. Es lo que pasa. Necesito completar la baraja.

—No recuerdo nada de nada.

—Pareces sincera, Lea. ¿Por qué no vas a ver a un especialista?

—Tengo miedo de ir sola.

—Podemos acompañarle; ¿no es cierto, Denis?

—Seguro. ¿Cuál es el mejor especialista en estos casos?

—Hay varios, aunque el mejor y más famoso es Broderick —dijo Myrna Todd—. ¿Quieres ir, Lea?

—Me tomaría por loca, y no lo estoy. Usted parece ser mi amiga, y sin embargo, dice que ayer peleamos. Ayúdeme a recordar.

—No tengo inconveniente. Te conocí en Montecarlo, junto a una ruleta. Me dijiste que te estaba pasando un caso graciosísimo, sin contármelo. No me hablaste de dónde venías, ni a dónde ibas. Y cierta tarde, cuando un conocido, un pintor, me estaba entregando una baraja, llegaste tú, y cogiste la baraja, de la que separaste cinco naipes, entre ellos el tres de tréboles. Dijiste que ibas a hacer un juego de manos, y los cinco naipes desaparecieron. Aseguraste que los harías aparecer en el bolsillo del pintor a la hora de la cena, y te fuiste. Los naipes no han vuelto a aparecer. Una broma no muy inteligente, Lea. Quiero estos naipes, y en particular el tres de tréboles, porque era la carta favorita con que mi madre hacía el remate de castillos de naipes cuando yo era niña. El pintor la estaba admirando cuando tú llegaste y separaste los cinco naipes.

—Lo recuerdo, sí… Y te juro que los perdí, Myrna; te lo juro.

—Bien. Ya harás memoria, y a lo mejor en el equipaje, en cualquier bolso que ya no usas, los encuentras. Olvídalo por el momento, querida, y abandona este sucio hotel. Ya nada tienes que temer de mí. Vuelve al «Carlton». Podemos llevarte allí, ¿quieres?

—Sí —asintió dócilmente ella.

—Denis te hará compañía, y podéis cenar juntos. Usted me telefonea a las diez de la noche, Denis, para decirme qué tal sigue Lea.

Los tres juntos en el *taxi*, no hablaron, hasta que Myrna Todd besó en la mejilla a Lea Joyce, y se marchó en el mismo *taxi*.

—¿Y ahora, Logan?

—Cenaremos, y aquí en el «Carlton» nada le pasará. Usted no sale del hotel, de no ser yo quien venga a buscarla. Eso es todo.

A media cena, murmuró ella:

—Trato de recordar más cosas, y no puedo.

—Ya las iré yo sacando. Myrna confía en mí. Y yo estoy de parte de usted, Lea. Conque, todo va bien.

Al dejarla, Logan fué a un cine a ver documentales. Se maravilló viéndose en el lienzo, lanzando un tronco, levantando piedra, luchando, y siendo llevado en la plataforma triunfal. Era famoso, y no lo sabía.

A las diez en punto, telefoneó, y Myrna le invitó a acudir. Colgó ella el auricular, y mirando a Zilay, comentó:

—Nos va a servir, Jacob. No es policía, sino un guapo aldeano. La majadera de Lea le miraba con ternura…

—Walter quiere conocer a Logan. Esta noche me lo presentas, y mañana le llevaré a visitar a Walter. Este escocés no tiene nada que ver con servicios secretos ni policías, y puede servirnos. Me voy, y puedes decirle que yo era el pintor que en Montecarlo admiraba tu baraja familiar.

—¿No puedo saber de qué se trata, Jacob?

—La baraja completa es esencial para que Walter se salve. Hasta luego.

Poco después, llegaba Denis Logan. Ahora sabía que alguien le había seguido hasta que entró en el pórtico de Cheyne Walk.

Subiendo las escaleras, oyó el ascensor ponerse en marcha hacia arriba. Pero estaba dentro del piso de Myrna, sin que nadie hubiera aparecido.

—Alguien me ha seguido hasta aquí, Myrna.

—Posiblemente, un policía. Ya le advertí, Denis. No se preocupe. Pensarán mal de mí, y nada más.

De pronto se puso rígida, lívido el rostro, y desorbitados los ojos por una intensa emoción. En la puerta acababan de resonar espaciados varios repiqueteos de nudillos, acompasados a una tonadilla de vals…

La llamada que sólo Walter Curtis conocía. ¡Walter Curtis estaba al otro lado de la puerta! Había podido más su deseo de volver a ver a su esposa, que su natural prudencia.

Corrió ella hacia la puerta, anunciando:

—¡Un gran amigo mío, Denis! Un gran amigo…

Denis Logan, mudamente, fué a reclinarse contra la pared del fondo de la gran sala. Se tocó el puño derecho… Olfateaba la cercanía de una pieza grande y peligrosa.

III

Walter Curtis había considerado un acierto más de su fiel segundo, Jarvis Block, el refugio por éste agenciado. El cementerio protestante de Hilborg, en las afueras, al norte de Londres.

Sin la menor intención humorística, Jarvis Block, al sobornar al guardián del cementerio, había escogido como refugio el panteón familiar de una dinastía de honorables miembros de la Magistratura, cuyo único y último descendiente, soltero, residía en Norteamérica.

Los primeros días de su encierro en el panteón, Walter Curtis tuvo que luchar contra la tentación más fuerte: la de ver a su esposa. Supo vencerse.

Le costó un mayor esfuerzo no matar al pintor Jacob Zilay, cuando éste, obligado por Jarvis Block, vino a entrevistarse con él, Curtis.

La entrevista en el húmedo mausoleo, tuvo caracteres simbólicos para el pintor, que siendo imaginativo, veía en el fugado que sentábase sobre el catafalco de piedra, a su posible ejecutor y sepulturero.

Pero no había podido negarse a venir, ya que Jarvis Block, acechándole desde un *taxi*, le conminó a acompañarle.

Jarvis Block se sentaba en el último peldaño de la escalera, a espaldas del húngaro. Y Walter Curtis cortó con un seco ademán tajante, las primeras palabras de felicitación del pintor, por su fuga.

—Vamos a lo que interesa, Jacob. Desde mi celda, conseguí comunicar contigo, y te indiqué claramente lo que debías hacer. Tu misión era sencilla. Ir a la Costa Azul a mediados de diciembre, y recoger de manos de Myrna, la baraja. Una vez en tu poder la baraja, te debías limitar a hacer una copia exacta, naipe por naipe, y colocar la original en su lugar. Explícate, Jacob.

El pintor, dominando su íntimo pánico, argumentó:

—Era esencial que yo no tuviera ninguna entrevista particular con tu esposa, porque ella estaba discretamente vigilada desde que salió de Londres. Nos veíamos, como por azar, en la sala de juego de Montecarlo. Cuando ella tuvo la baraja que tú querías, convinimos que lo más natural para no llamar la atención, sería que me la diera en la sala de juego.

—Hasta ahora todo está de acuerdo con mis instrucciones.

—Pero ocurrió un incidente fútil, un imponderable del orden de

las casualidades que entran en el terreno de lo imprevisible.

—Menos rodeos, Jacob.

—Cuando Myrna me tendía la baraja, se interpuso una mujer llamada Lea Joyce. Cogió la baraja y dijo iba a hacer un juego de manos. Separó cinco naipes, que nos mostró abiertos en abanico… y los hizo desaparecer. Nos reímos, para disimular. Nos dijo que por la noche, durante la cena, haría aparecer los cinco naipes en el bolsillo mío. Ya no la volvimos a ver en Montecarlo. Comprenderás, Walter, que allí, en plena sala, no podía yo provocar un escándalo.

Walter Curtis se levantó, abandonando la piedra mortuoria. Iba aproximándose lentamente hacia Zilay, que, retrocediendo, se detuvo cuando su espalda chocó contra el amplio pecho de Jarvis Block.

Los claros ojos de Curtis profundizaron en los del pintor, al que había asido por las solapas de su abrigo.

—Escúchame bien Jacob. Te voy a dar una oportunidad de reparar tu torpeza. Le dirás a Myrna que aquella baraja es para mí, vital. Con ella entera en mi poder, me salvaré de la horca. Podré escapar de Inglaterra. Son esenciales los cinco naipes que faltan, en especial el tres de tréboles. Habéis de encontrar a Lea Joyce, como sea, sin causarle daño. Debéis recuperar los cinco naipes, en especial el tres de tréboles. He reflexionado, y puede que Lea Joyce sea del servicio secreto, pero puede también que no sea más que una frívola niña tonta. Encontrad a Lea Joyce, y obtened los naipes que faltan.

Le soltó, dándole un leve empujón. El pintor deglutió repetidamente, arreglándose la ropa.

—Ahora, largo de aquí, Jacob. Ya conoces el camino de salida. Por si te interesa saberlo, te anuncio que cuando esté en mi poder el tres de tréboles, te habrás ganado cien mil libras. Ya sabes que yo siempre cumplo lo que prometo. Te doy de plazo, un mes. Soy generoso. ¡Largo!

El pintor abandonó el recinto, empezando a subir las escaleras. Jarvis Block se dispuso a seguirle.

—¡Aquí, Jarvis! —llamó Curtis.

Jarvis Block era un robusto sujeto, tipo de criminal nato, que nunca había obedecido más ley que la de su instinto brutal.

Sólo Curtis poseía sobre él un ascendiente tiránico, casi hipnótico. Bajó las escaleras, yendo a sentarse donde le indicó Curtis.

—Estás pensando por qué no te encomendé el recoger la baraja de manos de Myrna. No lo hice, Jarvis, porque te necesitaba aquí, para preparar mi fuga. Y no huiremos hasta que no tenga esta baraja, completa.

Jarvis Block se limitó a asentir, respetuosamente. Para él, su patrón era el compendio de todas las masculinas «virtudes».

Pasaron los días y las noches, hasta que Zilay volvió a informar de cuanto había sucedido: la pelea entre las dos mujeres, y la intervención de Denis Logan.

—Esta noche, a las diez, me entrevisto con Myrna, Walter. He adquirido plenos informes sobre Denis Logan. Es un escocés, campeón de los festejos, un completo provinciano, que nunca salió de las montañas. El mejor guía montañero. Me buscaba a mí para que le reprodujera en cuadro una fotografía. No tiene la menor concomitancia con policía ni servicio secreto.

—¿Guía montañero? —murmuró, pensativo, Curtís—. ¿Y según Myrna, que en esto no puede equivocarse, Lea Joyce parece enamorada del escocés? La suerte está de nuevo a mi lado. Son las nueve de la noche, y queda, pues, una larga hora para arreglar todo esto. Bien, Jacob, te felicito. A ti no te conoce Logan, ¿verdad?

—No. Myrna le apartó de su idea. Pretextó que yo me ofendería si él me ofrecía una labor de pintor de brocha gorda. Soy un artista y…

—Bien, bien…

De pronto, sucedió lo inesperado para el pintor. Los dos puños de Walter Curtis golpearon científicamente.

El primer puñetazo se conectó limpiamente con el estómago del húngaro, y el segundo, al mismo tiempo, se disparó contra su sien.

Doblado hacia delante ante la agresión imprevista, el húngaro se ladeó al recibir el segundo puñetazo. Walter Curtis propinó una bestial patada en un costado del pintor, que se derrumbó pesadamente.

Con fría saña feroz, Walter Curtis golpeó ahora con puntapiés salvajes al caído. Se apartó, para secarse el sudor de la frente. Y dijo con tono indiferente:

—Remátalo, Jarvis. Limpia la sangre del suelo, y mételo en el nicho. Cometió un fallo grave, y debía pagar. Ahora ya somos solamente tres y en plena armonía. Myrna, tú y yo.

Con fruición de criminal nato Jarvis Block cumplió la orden, y a la media hora, de nuevo los dos solos en el macabro recinto, Curtis se dignó explicar:

—Al igual que Lea Joyce, el escocés puede ser o no ser enemigo. Ella morirá, por el tiempo que me ha hecho perder. Él, depende… Si es solamente el guía montañero, es muy valioso. Doblemente valioso, por la influencia que puede ejercer sobre Lea. Escúchame ahora con suma atención, Jarvis. Eres, aparte de Myrna, la única persona de mi plena confianza. Te revelaré la llamada secreta con la que yo avisaba a Myrna mi llegada a su piso. Tú vas a ser Jacob

Zilay de ahora de adelante. Myrna asimila rápidamente, porque es inteligente. Llamarás al piso a las diez y diez. Y harás lo siguiente…

***

Y a las diez y diez, Jarvis Block llamó con la señal personal de Walter Curtis. Ciertos hábiles toques de maquillaje dados por el experto Curtis, habían cambiado por completo su fisonomía.

Abrióse la puerta, y, radiante el rostro, Myrna Todd iba a abrazarse al hombre que amaba, cuando al reconocer a Jarvis Block, pese a su transformación, reprimió una exclamación de desencanto y sorpresa.

Rápidamente Block, aleccionado, dijo:

—Soy Jacob Zilay, Myrna. Me has llamado para presentarme a Denis Logan. Somos conocidos, sin amistad. Walter dice que pronto estaréis juntos, si consigues ganarte a Logan.

Ella asintió mudamente, yendo hacia el fondo seguida por Block.

—Denis: mi vecino quiere conocerte. Te presento al artista Zilay, al pintor Jacob Zilay.

Denis Logan examinó a Jarvis Block, que hacia él tendía la diestra. La estrechó, diciendo:

—Conozco a la señora Todd, gracias a un error. Acudía yo a su piso, señor Zilay.

—Llámeme Jacob —dijo pomposamente Block, ajustándose a cuanto le había dicho Curtis, y al habitual estilo del asesino—. ¿Venía usted a mi santuario? ¿Atraído por mi fama universal? Myrna, sírvenos unos dobles de mi mezcla favorita. Tanto gusto en conocerle. Logan. He leído en la Prensa sus grandes éxitos con la titánica fuerza anatómica y natural de su estructura. Tengo una proposición que nos favorecerá a ambos. Un filisteo me ha encargado un paisaje tenebroso, escocés.

—¿Un filisteo? —inquirió Logan.

—Llaman los artistas así a quienes compran y pretenden entender de arte —aclaró Myrna, intrigada por saber la finalidad de la visita del hombre de confianza de su esposo.

Tendió dos vasos altos llenos de un líquido de color azulado, donde la menta se obscurecía con crema de café.

—Puede beberlo, Denis. No es alcohólico.

—Prefiero cerveza, y no lo tome a mal, señor Zilay.

—Usted se lo pierde, Denis. Vamos al asunto. En las Tierras Altas, hay acantilados costeros que compiten en salvaje belleza con los fiordos noruegos. Esto quiero plasmar, embelleciéndolo. Pero no quiero perder tiempo, buscando parajes. Usted me conduce, y yo le describo lo que quiero pintar. El filisteo me acompañará, y paga

bien. Podemos sacarle para los primeros gastos, las cien libras. Suyas, Logan. Yo le cobraré mil. Y esta es una ocasión magnífica para usted, Myrna. Aquí siempre tan sola y aburrida, puede darse un viaje agradable. Las costas occidentales de Escocia son abrumadoras de recia belleza. El filisteo paga y pone a nuestra disposición su coche. La gloria del confort moderno, y el encanto de sumergirse unos días en la belleza natural. Y no hablo más, porque tengo trabajo esta noche. Mañana me dirá si acepta, Logan. Y usted piénselo bien, Myrna. Adiós. Adiós. Adiós.

Myrna se encogió de hombros, sonriente, ante la brusca salida del supuesto pintor. Denis Logan supuso que así eran los artistas.

Ella había ya comprendido. El «filisteo» era Curtis, y con un guía como Logan, podrían, sin despertar sospechas, huir de Gran Bretaña.

—Me agrada la idea, Denis. ¿Y a usted?

—Disfrutar de su amistad, Myrna, y a la vez ganarme cien libras, es un paisaje de mi gusto. Pero está olvidando a Lea y sus naipes.

—Podría venir con nosotros. Es una excursión excepcional. Yo voy a serle franca, Denis, los naipes que Lea dice haber perdido, son para mí casi una cuestión de vida o muerte. De ellos depende mi porvenir. Es largo de explicar. Hay de por medio un peligro para Lea, que yo no puedo evitar más que de un modo: consiguiendo estos naipes. Si usted lo lograse, puede decirse que salvaría del peligro a Lea. Y Dígame, Denis: ¿es usted un inexperto ingenuo o finge ignorar lo evidente?

—No comprendo.

—Lea le quiere a usted.

—¡La vi esta tarde a las siete!…

—¿Qué importa? Ella se siente protegida a su lado. Lo decía bien claro su mirada. Usted puede convencer a Lea para que le dé los naipes. Tráigala a la excursión. Le diremos a Zilay que es su amiguita.

—No veo inconveniente, si ella, acepta.

—Aceptará. Soy mujer, y entiendo por lo tanto en hijas de Eva. Ahora, Lea está asustada. Confía en usted. Si es cierto que ha perdido la memoria, puede ir recordando. Y una vez me dé ella los naipes, estará a salvo de todo peligro. ¿Comprende?

—No mucho, pero no me importa. Estoy dispuesto a serle agradable, Myrna. Intentaré convencer a Lea.

—Vaya ahora a visitarla.

—Es tarde ya. Prefiero ir mañana por la mañana.

—Bien. Venga a verme tan pronto haya visto a Lea.

En la calle, Denis Logan puso orden en sus pensamientos. Para tamizarlos, necesitaba la ayuda de Barney Reynolds.

A la medianoche, Barney Reynolds, avisado por teléfono, se entrevistaba con Logan, en el lugar más indicado para ver sin ser vistos.

Se reunieron en la segunda terraza cubierta del club nocturno «Rapsod», cuyo dueño pertenecía al Servicio Secreto.

—Nadie me ha seguido, Barney —dijo Logan, exponiendo cuanto había sucedido hasta que recientemente se despidió de Myrna Todd.

—Es posible que Jacob Zilay sea cómplice de Curtis. Este no correrá ningún riesgo. Debes ir con Myrna y Zilay hasta donde éste te pida. Y mucho me engaño o en determinado lugar de tu tierra, aparecerá Curtis.

—Eso supongo yo también. Y no pierdo de vista que la pieza mayor es Curtis. Los demás son secundarios. ¿Debo llevar conmigo a Lea?

—Dos puntos hay obscuros, Denis. ¿Quién es Lea Joyce? ¿Qué contiene la baraja cuyo tres de tréboles es tan importante? ¿Finge Lea su amnesia? ¿Fué casual su juego de manos? ¿Pertenece a un servicio secreto enemigo? Sólo sé una cosa, Denis. Desde este momento, aceptes o no el ir a tu tierra con Myrna y Zilay, estás condenado a muerte.

—¿Porqué?

—Curtis, quiere huir, y tu personalidad de guía, le favorece. Pero él nunca dejó testigos de sus pasos. Presumo que el supuesto comprador del cuadro de Zilay, es Jarvis Block. Y tú lo que debes conseguir es capturar, a ser posible con vida, a Walter Curtis.

—Estoy en la guarida, y cogeré al oso. Pero no quiero nadie rondando por mi senda, Barney.

—Vas solo. Estás engañando a Myrna, pero, ¿no te engaña a ti Lea?

—Me guío por instintos, Barney. Así como desde un primer instante la presencia de Jacob Zilay me dió la sensación de que era un animal dañino, también la sola presencia de Lea me afirmó que era una pobre corza asustada, perseguida por una jauría.

—Eso es lo malo. Tus instintos podían servir en el monte. Pueden fallar en la maraña de la guerra secreta. Lea Joyce puede ser la más inteligente de todos nosotros.

—No. Razona, Barney. Una vez obtenido el tres de tréboles, ¿para qué estaría al alcance de Curtis?

—Tal vez le sea precisa la baraja entera.

—La hubiese cogido entonces. Por ahora, sólo, confío en tres personas del grupo: en ti, en mí y en Lea.

—Suerte, Denis —dijo, compasivamente, Reynolds.

De nuevo en la calle, Logan se sentía inquieto. No podía definir

cómo, pero en la bruma espesa percibió un mensaje misterioso. Tenía que ver al instante a Lea Joyce… Sentía como si los blanquecinos celajes de la niebla de febrero, le transmitieran una llamada de auxilio…

Se dirigió a paso largo hacia el «Carlton», donde apenas llegó, solicitó del conserje nocturno, comunicara por teléfono con Lea Joyce.

El conserje iba a tender la mano hacia el teléfono interior, cuando reprimió el gesto, y anunció:

—La señorita Joyce no está en sus habitaciones.

—Es imposible. Ella no las abandonaría a no ser conmigo.

—Lo siento, señor, pero personalmente vi a la señorita Joyce salir del hotel, del brazo de su padre.

—¿De su padre?

—Un caballero vino aquí a las diez y diez en punto de la noche. Me dijo que llamase a la señorita Joyce, y se puso al teléfono interior. Se limitó a saludarla, diciendo que venía a buscarla. Y la señorita bajó en seguida y se cogió del brazo del caballero, quien la besó en una mejilla, llamándola «hija». Y ella, devolviéndole el beso, se fué.

—Gracias.

Denis Logan sentía íntimamente que había algo anormal en aquello que, al parecer, era natural. Preguntó:

—¿No dejó ella ningún encargo para Denis Logan?

—No, señor. Y no creo vuelva al hotel, por cuanto el caballero pagó su cuenta. El portero exterior puede informarle más ampliamente.

El portero exterior recordaba perfectamente al caballero que del brazo de Lea Joyce subió a un «taxi». El billete de Banco que Denis. Logan enrolló en su índice, mostraba la crujiente filigrana de la libra esterlina.

—¿Puede describirme al caballero?

—Sí, señor. Perfectamente, señor.

El billete cambió de mano, y Denis Logan se encaminó rectamente hacia el 153 de Harley Street.

El «padre» de Lea Joyce, correspondía físicamente, rasgo por rasgo, al doctor James Broderick.

Eran las dos menos cuarto de la madrugada, cuando Denis Logan pulsaba insistentemente el timbre exterior de la residencia del famoso psicoanalista.

En el piso alto, una ventana se iluminó. En la bruma no era visible la figura de la mujer que exclamó:

—¿Quién es?

—Denis Logan, señora. Deseo ver al doctor Broderick.

—Vuelva a mejor hora, señor Logan.
—Es urgente. Dígale al doctor que es urgente.
—Un instante.
El instante que se prolongó, marcaba el principio de la más salvaje y accidentada aventura del cazador montañés. Era el principio de la más feroz y sanguinaria tragedia, motivada por un simple naipe: un tres de tréboles.
La puerta se abrió dando acceso al zaguán, iluminado. La mujer que envuelta en su bata de noche, saludó a Logan, era desconocida para éste. Dijo:
—Soy la esposa del doctor.
—Deseo ver al doctor, señora.
—Le aguarda en su despacho.
Ella le condujo. Era morena y de rasgos bellos, pero duros. Alta y fuerte, sin corpulencia.
Abrió ella una puerta, y cuando cruzaba Logan el dintel, se alarmó su instinto, pero tardíamente. La puerta se cerró, y en la más completa obscuridad, Logan tanteó. Estaba encerrado en un cuarto de lisas paredes, estrecho, donde apenas cabía con los brazos extendidos. El techo era bajo, porque lo alcanzó con las manos. Cuanto tocaba, era sedoso, felpudo. Los puntapiés que propinó a las acolchadas paredes, no produjeron el menor ruido.
Y súbitamente, perdió el equilibrio, porque aquel cuarto se movía hacia arriba, como la caja de ascensor. Se apoyó a un lado, y una nueva sacudida, anunció que aquella extraña prisión donde había caído, se detenía.
Pasaron minutos, largos, silenciosos. Una voz habló, lenta, procediendo de arriba. Era la voz de la mujer que le había abierto la puerta.
—Triste fin para ti, Denis Logan. Eres joven, fuerte y hermoso como un tigre. Debiste continuar en tus montañas. Londres es malsano para los pueblerinos, que buscan emociones enrolándose en el «lntelligence». Es inútil que busques mi voz. Puedes rasgar las telas, y encontrarás acero. Este es tu ataúd, Denis Logan. Nunca debiste seguir los pasos de Lea Joyce. Nunca.
Denis Logan comprendió que le llegaba la voz a través de un tubo acústico empotrado en la caja donde se hallaba prisionero.
Pero también comprendió que si respiraba con dificultad, era porque desde el exterior se infiltraba, seguramente por otro tubo, oxígeno, y la voz femenina le confirmó su deducción:
—Cuando dejes de oírme, Logan, puedes empezar a rezar. Cerraré la llave que renueva el aire en tu ataúd. Tienes derecho a hablar. Al igual que me oyes, te oiré.
—He caído en un cepo, pero hay un error. No soy la pieza que

buscas. Nada tengo que ver contigo, ni contra el doctor.

—No soy la esposa de Broderick. Este ascensor especial, servía para conducir a las habitaciones de observación, a los dementes peligrosos, Logan. Y eres tú demasiado peligroso, porque conoces la importancia de cierto tres de tréboles, y perteneces al «Intelligence». Lástima, Denis Logan. Pronto ha terminado tu magnífico principio de carrera. Adiós.

Cesó la voz, y no transcurrió más de un minuto, cuando Logan se arrancó el cuello de la camisa, que se le antojaba dogal asfixiante.

La negrura intensa de su «ataúd» iba haciéndose irrespirable. El sudor empezó a gotear de su rostro. Sus pulmones empezaron a resollar…

Cayó de rodillas, respirando afanosamente, consumiendo cada vez más la menguada reserva de aire que iba viciándose en aquel compartimiento hermético…

Sus ojos se estriaron sanguinolentos, cuando con estertor de furia, empezó a acuchillar las cuatro paredes, en busca de un hálito de aire.

Aquel aire que sobraba en sus montañas, y que al faltarle ahora, le iba sumiendo en el letargo precursor de la muerte por asfixia.

IV

El intenso zumbido en sus oídos, y el cerco de hierro que parecía estrujar sus sienes y frente, afloraron el uno en silbidos, y el otro en presión.

Denis Logan, en sus desesperados esfuerzas por hallar un resquicio, había insertado la recia hoja del cuchillo en el ajuste de la puerta de aquel ascensor para enfermos demenciales.

Una de las feroces cuchilladas penetró hondamente en el único lugar donde por más montañero fuese el cuchillo, podía hallar muesca. Y un leve frescor inundó el semblante congestionado del escocés.

Aplicó el rostro contra aquella insignificante abertura. Y el aire que aspiró fué el más preciado tesoro, porque le devolvía lentamente la vida.

Sus pulmones fueron oxigenándose, y volvió a su cerebro el riego sanguíneo normal, dándole ya claridad de juicio. Insertó la hoja en el resquicio, forzando a un lado y otro, a modo de palanca.

Su captora no podía imaginar que él tuviese encima aquel sólido acero de gruesa hoja afinada en su extremo, con temple especial, destinado a desjarretar huesos y articulaciones de fieras montañesas.

Continuó apalancando, hasta que oyó un muy leve chasquido. Saltaba uno de los cerrojos exteriores de la puerta. Apoyó un hombro, afianzando las piernas.

Fué presionando lentamente, como si se tratase de izar el tronco de los festejos, y lanzarlo lejos.

Notó cómo cedía el segundo cerrojo, y de pronto, quedó fuera de aquel fúnebre encierro. Insertó de nuevo el cuchillo salvador, su arma preferida, en la correa del anverso del antebrazo.

Estaba en un corredor obscuro. No había nadie, ni se oía el menor rumor. Se quitó los zapatos, y pisando con calma, aplomadamente, se dirigió hacia donde un leve resplandor indicaba iluminación eléctrica.

Al final del pasillo encontró el principio de la escalera. La luz procedía del rellano bajo, en el vestíbulo.

Bajó sin ruido, y torció hacia la derecha, donde estaba la sala de consulta del doctor Broderick. Conocía ya la entrada posterior, por donde salió después de permanecer tras un biombo.

Abrió suavemente. Y mientras el batiente giraba sin ruido,

demostrando que estaba bien aceitado para ceder paso a la secretaria que invisible tomaba sus notas en las consultas, Denis Logan oyó el claro sonido de una voz metálica, fría, que decía:

—…era la única ayuda que podían esperar. Abandonen esta esperanza, y terminado este preámbulo, procuremos ser razonables.

La voz que replicó era también fría. Era la del doctor Broderick:

—No agrave su criminosa intervención con mayores responsabilidades. Ha allanado usted un domicilio particular, y éste es un delito severamente castigado en Inglaterra.

Denis Logan veía ya a los que se reunían en la sala de consultas. La secretaria aparecía sentada en un diván, atada codo a codo con una desconocida, en la que adivinó Logan, la esposa del doctor.

Tras su propia mesa, el doctor Broderick estaba también atado en su sillón. Se mantenía erguido, severo, ofendido…

Y Lea Joyce se cubría el rostro con las manos. Estaba libre, pero aterrorizada. A espaldas de su sillón se mantenía la mujer alta y de rostro duro, que había fingido ante Logan ser la esposa del doctor.

Y el último ocupante de la sala, en pie, era la viva imagen del elegante clubman de cualquier selecto casino europeo.

Alto, ancho de espaldas, vestía con difícil distinción un frac. Allí cerca aparecía echado el abrigo, la bufanda de seda, y el sombrero de copa.

Resaltaba en aquel individuo el monóculo incrustado en la órbita izquierda. Estaba hablando y no contraía un sólo músculo de la mejilla ni del ojo.

Podía decirse que su rostro no concedía, al monóculo más importancia que la que a una ventana puede prestar una pared. El pequeño disco de cristal se mantenía seguro en su puesto, tan seguro como un vidrio en el marco de una ventana.

Hablaba como si comentara los resultados del Hipódromo.

—No soy partidario de los métodos melodramáticos, pero los actos responden a las circunstancias, doctor Broderick. Tengo para usted mis máximos respetos como hombre preclaro de la ciencia, y créame que si no fuera por la imperiosa necesidad, no le hubiese causado una sorpresa tan incorrecta.

—Responderá usted de esta infracción a la Ley.

—Es usted tardo en comprender, doctor. Se lo excuso, porque adivino que su preclaro cerebro nunca ha reaccionado ante un allanamiento de morada. Trataré de explicarme, esperando será usted tan explícito como voy a serlo yo.

—Sus explicaciones no pueden razonar lo indigno de su actitud. Acaba usted de dar a entender que el señor Denis Logan ha sufrido un accidente mortal y provocado.

—Lo provocó él. Y si mientras le esperábamos, mi secretaria no

hubiese consultado su libreta de anotaciones, doctor, en la que usted lleva el diario resumen de su labor, ignoraríamos que Denis Logan era agente del Servicio Secreto. Es sensible, pero estorbaba. Mi secretaria logró hacerle pasar a su ascensor especial, y ha cerrado el acceso de aire.

—¡Un crimen, señor! —exclamó airado el doctor.

—Evíteme, otros doctor. Esta tarde, cuando ya anochecido le visité, traté de fingir una dolencia inexistente. Me comporté del mejor modo posible, para que usted sospechara. Si acudí, fué porque hace tiempo que estamos buscando a Lea Joyce, y supe que ella salió de su casa, en cierta ocasión. Comprendí que usted sabría dónde se hallaba, y por eso en el curso de mi consulta deslicé preguntas, que surtieron efecto. Usted adivinó, y no se engañaba, peligro para Lea. Mi secretaria esperó pacientemente a que usted saliera de su casa. Le siguió hasta el «Carlton», de donde le vió salir acompañando a nuestra Lea. Mientras tuve el delicado menester de asegurarme la física tranquilidad de su esposa y secretaria. Y usted me traía a Lea, aquí. Se lo agradezco, doctor, pero ya le resultará difícil negar que no es usted cómplice de la desaparición del tres de trébol.

Denis Logan escuchaba atentamente. No era momento de intervenir. Iba a descorrerse el tupido celaje que envolvía en brumas aquel reiterado naipe.

—La señorita Joyce es mi paciente. Ya que tan cínicamente confiesa haber leído mis notas, sabrá que Lea Joyce sufre amnesia real, producida por un golpe. Acudió a mi consulta, y privadamente, concerté con ella un pacto. Si llegase a mi percepción, cualquier síntoma de peligro, iría yo al «Carlton», donde diría ser su padre. Y ella volvería, aquí conmigo, y… queriéndola alejar de peligros, la he… comprometido definitivamente. Lea Joyce no es para mí, más que una paciente, y mi deber era curarla. ¿Por qué mantiene por la violencia a mi esposa y a mi secretaria? Esto es totalmente melodramático.

—Y le juro que me molesta —sonrió el del monóculo.

Se apoyaba en un largo bastón, de puño de marfil. Ahora lo volteó entre sus dedos haciéndole describir un movimiento helicoidal, mientras se acercaba a la pelirroja…

—Lea, querida, estás causando muchos disturbios. Es indigno de ti, poner en peligro la paz hogareña del doctor Broderick y familia. Una sola palabra tuya, lo arreglará todo.

Lea Loyce apartó las manos de su rostro mirando con temor al que la hablaba. Dijo entrecortadamente:

—No recuerdo, no recuerdo, Stanton.

—Ah… ah… —exclamó el así llamado—. Por lo menos me has

recordado. Irás haciendo memoria, querida Lea. Sí, soy Leslie Stanton, el australiano que conociste en París, poco antes de las Navidades últimas. Puesto que el doctor Broderick asumió la curación de tu fingida o verdadera amnesia, y ya que estoy aquí, colaboraré. ¿Reconoces a mi secretaria?

—Sí, Stanton. Usted me dijo que era su hermana.

—No lo es, pero vas recordando. Abreviemos, Lea… La familia Broderick no sufrirá ningún mal. Tú bien sabes que una vez tenga en mi poder el tres de trébol, daré por concluida mi misión en Europa.

—No sé… dónde está lo que pide, Stanton.

Leslie Stanton giró elegantemente sobre sus tacones. Anduvo unos instantes pisando la alfombra a lo largo de ella, aplicándose el puño del bastón a los labios como si meditara.

Por fin se dirigió hacia el doctor.

—Está usted en su casa, doctor, y es justo que le ponga en antecedentes. No será indiscreto, por cuanto hasta que obtenga el tres de trébol, no quedará usted y los suyos, fuera de incomodidades. Sólo me interesa este tres de trébol.

—Lea Joyce ignora dónde se halla dicho naipe, Stanton.

—Es posible, es posible… Recurriré primero al lenguaje civilizado, y si Lea persiste en su amnesia prudencial me veré obligado a dejar que mi muy particular secretaria entre en funciones.

La aludida no se inmutó. Pero la expresión del australiano, tenía matices de recóndita amenaza, que aclaró:

—En nuestra accidentada vida, Berta, mi secretaria, desempeña la labor desagradable de verdugo privado. Tiene métodos muy deplorables, pero que le tolero, debido a que son eficaces. Es decir, si Lea persiste en su amnesia, tal vez Berta se vea obligada a intervenir… con su esposa, doctor. Yo creo que Lea es lo bastante sensible y femenina, para evitar que sufra daño su esposa.

James Broderick, perdido el control, gritó:

—¡Ella está enferma, Stanton!

—Posiblemente. Por eso mismo, voy a colaborar en su curación. Le diré lo que ella sabe perfectamente, o ha olvidado momentáneamente. Es preciso que escuches muy atentamente, Lea querida… No intervengas todavía, Berta. Por ahora, simplemente la persuasión.

El australiano se sentó, estirando las piernas, colocando entre ellas el bastón. Cerró los ojos, como evocando:

—Tengo el carácter forjado en el juego del azar. Para mí, los naipes siempre fueron dibujos burlones, que según se presenten en la mano, dan o no la suerte. Nunca creí que una baraja pudiera ser

mortal, salvo los casos en que un jugador se suicida al perder su fortuna, por culpa de un caprichoso as que no acudió a tiempo. Pero hace tres meses, hallándome en París, ultimado ya un buen negocio relacionado con unos planos de cierto motor… Ah, tal vez sería conveniente presentarme: me llamo Leslie Stanton, y me dedico al espionaje comercial.

Tras el biombo, Denis Logan sentía que una honda antipatía surgía en su alma hacia aquel cínico y presuntuoso aventurero, que hacía florituras en la charla, ante varias mujeres asustadas…

—El espionaje comercial es muy productivo, pero hay mucha competencia, si bien no he de quejarme. Toda faceta de la humana actividad en pos de ese vil metal tan escarnecido, pero, ¡*hélas*!, tan necesario, presenta dura competencia. Se aproximaban las Navidades, cuando tuve noticias de que una baraja, podía valer sus buenos dos millones… Hablo en libras esterlinas.

Hizo una pausa. Se veía que era el principal oyente de sus propias palabras.

—La baraja, en sí, era completamente vulgar. Había salido de la fábrica «Gilpathé», de Le Havre. Era una baraja francesa como tantas otras que sirven para entretener las sobremesas al «piquet» o la «belotte» de cualquier familia francesa. Cincuenta y dos cartas, en cartulina Doble Z. Su precio en cualquier tienda, rondará el centenar de francos. Pero al igual que una corbata que en la tienda puede valer cien francos, sube rápidamente de valor si en ella cualquier pintor famoso, pongamos por ejemplo Dalí, dibujaba en ella cualquier frivolidad, al igual aquella baraja había adquirido una supervaloración, por cierta firma. No era un pintor. Era un ingeniero, el que, sabedor de que los planos pueden suscitar copias, ingenió un medio hábil de anotar su descubrimiento.

El australiano miraba ahora a Lea Joyce, a la que advirtió:

—Esto lo ignorabas, porque no creí oportuno decírtelo, Lea. Aquella baraja comprada por el ingeniero, le sirvió para dibujar con cierta tinta en su dorso, el plano completo con las fórmulas, de su invento. Importante comercialmente, puesto que se refería a una transformación de los motores de tanques. Ya no necesitarían la ayuda de una Intendencia especial que les suministrase la gran cantidad de combustible precisa para sus siniestros recorridos. El ingeniero había hallado un dispositivo que aplicado a los motores de tanques, regeneraba el mismo combustible, haciéndoles capaces para maniobrar una entera semana, con plena autonomía.

Miró ahora al doctor:

—La ciencia de matar progresa más que la ciencia de sanar, caballero. Y volviendo a la baraja…. El ingeniero tendió los naipes, boca abajo, y en un orden que sólo él sabía. Los puso formando un

gran cuadro, como si fuera una hoja de plano, y con la tinta especial, dibujó el plano del dispositivo. Uno de mis colegas, logró saber que el ingeniero había anotado en el tres de tréboles, la colocación en que debían disponerse los naipes para que, coincidiendo el dibujo total, apareciera el dispositivo. Tal vez podría recomponerse sin el tres de tréboles, pero es que este naipe llevaba también escrita la fórmula, de composición del cuerpo químico que había que añadir al combustible ordinario, para que éste surtiera la regeneración en complemento con el dispositivo. Bien, todo esto no tenía por qué explicarlo a Lea.

Se hizo algo más dura su expresión al continuar:

—Aludí antes a la mucha competencia. El caso es que en un presidio inglés, un asesino llamado Walter Curtis, tuvo conocimiento de la existencia de esta baraja. Envió a dos cómplices suyos: su esposa Myrna, y un pintor húngaro llamado Jacob Zilay. Yo dejé que Zilay trabajara. Zilay se hizo amigo del ingeniero, y le quitó la baraja entera. Lo más probable es que hubiera sacado copia, y vuelto a colocar dicha baraja. Lo cierto es que el ingeniero, hombre muy nervioso, al ver que había sido robado, y dando para siempre jamás perdido el fruto de una labor de muchos años, se suicidó.

Leslie Stanton chasqueó la lengua, como disgustado:

—Fué un error mortal de necesidad para él. Si hubiese sobrevivido, tal vez hubiese yo llegado a un arreglo con él. Todo esto sucedía en Montecarlo, donde las barajas abundan. Yo hubiese intervenido, pero Zilay me conocía… En París trabé amistad con Lea Joyce, escritora. Había elegido lo peor: la pura literatura. Componía poemas, que seguramente le proporcionaban mucho deleite espiritual, pero poco resultado práctico. ¿Vas recordando, querida Lea?

Ella asintió, mudamente, agrandados los ojos…

—Me presenté a ella, como excéntrico australiano millonario, buscador de filigranas artísticas y antigüedades. Dije que tenía un gran interés en obtener una baraja que no me querían vender. Que había sabido que ella, además de ser una poetisa y por tanto considerada casi como un ser inofensivo, alejado de las bajezas de la vida práctica, tenía una habilidad especial. Sabía hacer juegos de manos con naipes. Y para acallar sus escrúpulos morales, le dije que dicha baraja la había robado otro anticuario, y que por tanto quitársela, no era delito. Y acudí al último argumento efectivo: la ofrecí un viaje a Montecarlo por Navidades, la tibieza del sol, en hotel de lujo, tren Azul, y cincuenta mil francos. Ella podría comprarse el abrigo de pieles con que sueñan todas las mujeres, y visitar la Costa Azul. Bastaba que me proporcionase el tres de

tréboles y algunos naipes más, porque si cogía la baraja entera, no saldría viva. Esto me lo callé también. Le dije que debía hacer amistad con Myrna, cosa no difícil para ella, puesto que es señorial, y emana de ella candor de honestidad.

De pronto frunció Stanton el entrecejo, al añadir seguidamente;

—Lo hizo a las mil maravillas. Cuando Zilay (que apenas cogió la baraja, la dió a Myrna, por si era espiado) se convenció que no había peligro, y se disponía a recogerla de nuevo de manos, de Myrna, se interpuso Lea, pretextó un juego de manos, y hábilmente hizo desaparecer el tres de trébol. En pleno vestíbulo del casino, Zilay y Myrna tuvieron que contenerse, creyendo en una excentricidad de niña ingenua. Y entonces… cuando esperaba a Lea, a la que prometí otros cincuenta mil francos… ¡Lea desapareció! ¿Vas recordando, Lea querida?

Ella volvió a asentir. Dijo, como avergonzada:

—Usted tuvo la culpa, Stanton. Lo que primero creí verdad, y ser solamente codicia de anticuario, me fué después pareciendo algo obscuro, secreto.

—Vaya, vaya… Parece que estamos recuperando el sentido total. Sigue hablando, Lea.

—Comprendí que si usted había pagado cincuenta mil, y se disponía a pagar otro tanto, por una baraja común, moderna…, algo había obscuro pero valioso. Y, yo podía ser rica… Seré poetisa, y me gusta lo bello. Pero la vida tiene sus exigencias… Vine a Londres, sabiendo que Myrna me ofrecería más dinero. Pensé también que usted…

—Esto es muy feo, Lea —recriminó, suavemente, el australiano —. Me traicionaste…

—¡Usted me engañó! Usted no me dijo que eran criminales los que se habían apoderado de esa baraja. ¡Yo no sabía que mi vida corría peligro!…

—Es posible. Pero has dejado una laguna sin colmar. Me enternece tu complejo de vergüenza tardía, pero has olvidado mencionar lo único importante. Cuando dejaste en París, tu equipaje en Montecarlo, tu maletín en Londres, todo ha sido concienzudamente registrado, sin que apareciera el tres de trébol. ¿Dónde lo escondiste, Lea?

Ella denegó con la cabeza, atribulada…

—No lo recuerdo, Stanton.

—Una amnesia muy especial. Muy oportuna para ti. Recuerdas. sólo lo que te interesa. Escucha, Lea: voy a darte el último consejo amistoso. Vas a decirme dónde escondiste el tres de trébol. De lo contrario, mi secretaria Berta, al igual que acabó con Denis Logan… va a ejercer su tarea de verdugo privado, en la que tiene mucha

práctica.

La aludida, que estaba tras del sillón de Lea, dió lentamente unos pasos hasta colocarse frente a la pelirroja.

Stanton se puso en pie, advirtiendo:

—A ti no te pasará nada, porque vales mucho viva, gracias al tres de trébol. Pero pueden sufrir daño tus amigos… Veamos, tal vez la esposa del doctor Broderick…

—¡Yo lo diré Stanton! Yo le diré dónde está el tres de trébol…

Denis Logan juzgó que había oído lo necesario. Ya sabía lo esencial.

Con fruición calculó su entrada. Stanton estaba diciendo:

—Si Berta pudo con Denis Logan, comprenderás, querida Lea…

—¿Quién pudo con quién?

Fueron sólo cuatro palabras calmosas, y tuvieron la virtud de galvanizar y convertir en muñecos de cera a Leslie Stanton y Berta…

Denis Logan avanzó lentamente, palpando el puño de su camisa. Dando un grito, Stanton desenvainó de su bastón el estoque que contenía.

Berta, recobrándose, extrajo de su chaquetón una pistola. Gritó dolorida, porque en su muñeca se clavaban los dientes de Lea Joyce. Levantó la mano diestra para golpear…

Denis Logan saltó hacia delante, esquivando la estocada que le asestaba Stanton. No tuvo respeto para el sexo de la que estuvo en un tris de producirle la muerte por asfixia…

Abatió su puño sobre la sien de la «verdugo privado», y mientras esta se tambaleaba, volvió a saltar. El estoque que Stanton dirigía hacia su pecho, entró en carne…

Atravesó el cuello de Berta…

El australiano soltó el acero con que acababa de dar muerte accidental a su cómplice, y vió la avalancha de músculos que se acercaba.

Corrió ligeramente hacia atrás, parapetándose en un mueble, para después saltar con prodigiosa elasticidad hacia un amplio ventanal, cuyos cristales atravesó….

Sabía que luchar con el agente era perderlo todo. Al caer de pie sobre el empedrado del patio trasero, corrió con toda la velocidad sobrehumana a que le impulsaba el afán de huir…

Denis Logan atravesó también el patio, pero la niebla londinense ayudó a Leslie Stanton, ya saltado el muro que daba a una calle posterior.

Meditó un segundo Logan. Perseguirlo era correr el riesgo de que volviera, valiéndose del laberinto nocturno de la bruma. Podía correr nuevo peligro Lea Joyce…

La cristalera atravesada por Leslie Stanton, mostró ahora la figura de Lea Joyce. Tras ella, el doctor Broderick, esposa y secretaria, hablaban en voz baja.

En el suelo, cubierta por un tapiz, se veía la forma rígida de la «verdugo privado».

—Escapó —dijo Logan—. Corría como un gamo, y, entre la niebla, se esfumó. Francamente, no creí que fuera a escapar cobardemente.

Broderick avanzó unos pasos, para cerrar metódicamente las contraventanas de madera. Manifestando:

—Las abrió él mismo. Y ahora, le comunico que apenas Lea me libertó, me he tomado la libertad de telefonear al «Intelligence», solicitando la urgente presencia del señor Reynolds. Pediré custodia para mi hogar, hasta que usted termine esta partida mortal. Y celebro Lea, que todo se haya resuelto. Usted ha recordado, está a salvo, y ya no me precisa.

—Yo… le pido perdón, doctor. Usted ha sido muy bueno, y les puse en peligro… Yo no mentía…

—Lo sé. Estuvimos todos en peligro, y gracias al eficaz ayudante que le presenté, la madrugada se presenta mejor. Tal vez un té nos sentaría maravillosamente a todos.

La secretaria salió. Denis Logan expuso:

—Apenas llegue Reynolds, Lea y yo dejaremos de poner en evidencia su tranquila mansión, doctor.

Cuando llegó Reynolds, y escuchó el relato de lo sucedido, lanzó una mirada poco amable hacia Lea Joyce. Después dijo:

—Al instante avisaré para que permanezcan aquí dentro dos de los nuestros, y otros dos al exterior. Permítame, doctor.

Y Reynolds asió del brazo a Logan y a Lea, colocándose entre los dos, con quienes salió al vestíbulo.

—Tendrá que entregar esos cinco naipes, señorita. La partida es ya cartas boca arriba.

—Están en París, en sitio seguro.

—Allá vamos —anunció Logan—. Ya me pondré en contacto contigo para darte dichos naipes, pero queda lo más esencial, que estoy cerca de obtenerlo, y esta vez, no se me escapará: me refiero a Walter Curtis.

—Indudablemente si dices a Myrna que tienes el tres de trébol, aparecerá Curtis. Y tuyo es… No olvides que en tu viaje hacia París, puede presentarse el del monóculo. Huyó, en retirada estratégica, pero no es de los que abandonan un negocio. Y encontrará otro «verdugo privado», o varios.

—Lo supongo. Por eso acompaño a Lea hacia París. Me prometiste que viajaría, ¿no? Tú te quedas Barney. Nos vamos.

En la calle, murmuró Lea, asiéndose del brazo del agente:

—Puede… aparecer Stanton.

—Ojalá… Vamos ahora a la estación más próxima de telégrafos. Tengo que comunicar a Myrna que me espere, que regresaré con sus queridos naipes de familia, que remataban su castillo infantil.

—Yo no mentía, Denis… Lo juro.

—Me consta.

Tenso el oído, fué avanzando Logan, pero Stanton no se presentó. Llegaron sin incidente a la tibia sala de telégrafos, donde el adormilado oficial de guardia, fué contando maquinalmente las palabras del telegrama interior, dirigido a Myrna Todd, Cheyne Walk, 17.

> «BREVE AUSENCIA EN BUSCA DE NAIPES QUE CONSEGUIRÉ. SALUDOS. DENIS.»

Dió a leer la hoja tras escribirla, y esperó en vano una pregunta. Cuando se disponían a abandonar la oficina de telégrafos, observó él:

—Ya que no lo pregunta tengo que decirle que para llevar a buen fin mi primer trabajo para el Servicio Secreto, necesito de usted, Lea.

—Y yo también, Denis. Ya no sabría estar a solas, mientras sigan amenazándome entre las sombras, Stanton y Myrna.

—Tendré que hablarle de cinegética. El deporte de la caza es emocionante, y lo es más, cuando por determinadas circunstancias, como diría Stanton, hay que ser «pieza».

—¿Pieza?

—Así llamamos lo que debe cobrarse. Yo hasta ahora consideraba pieza a Curtis, pero para cobrarlo, necesito al igual que con Stanton, convertirme en pieza a mi vez. Vea esta niebla… No oigo pasos siguiéndonos, pero Stanton no ha renunciado. Necesita el tres de tréboles. No cejará hasta obtenerlo. Desde ahora, a cada paso, puede surgir el cazador. Usted y yo somos las piezas.

—A su lado, me siento el cazador. Yo sé que usted, sin decirme nada, me ha perdonado.

—¿Qué tenía yo que perdonarle?

—El haberme dejado llevar por la codicia. Tanto el doctor como Reynolds, tuvieron miradas breves de reprobación. Usted, no; usted me miró siempre con afecto, y me sentí protegida desde el primer instante.

—A usted pretendió Stanton engañarla, al igual que Myrna. Fué valiente. Y ahora, usted lo sabrá mejor que yo, el camino a emprender para llegar al tres de trébol.

—La Estación de Charing, el barco del Canal, y a Montparnasse.
—¿Qué es Montparnasse?
—El barrio más pintoresco y simpático del mundo entero.

V

El barco cabeceaba a media mañana, proando hacia la costa francesa. Lea Joyce dormía en su camarote, ante cuya puerta, en una mecedora, dormitaba Denis Logan.

El frío y lluvioso mediodía tenía brumas tenues cuando desembarcaron en Calais. El pasaporte de Lea Joyce estaba en regla, y el particular y especial de Denis Logan, le valió un respetuoso saludo del aduanero.

El tren de enlace desfiló raudo hacia la capital de Francia, atravesando la región de la Champagne, y pronto fueron visibles los boscajes de Chantilly, preludio de la proximidad de París.

Faltando quince minutos para llegar, y viendo ella que Logan no ostentaba el peculiar ceño que arrugaba sus cejas, cuando examinaba el ambiente, como olfateando peligros, se extendió en consideraciones, anticipando al escocés todo el encanto de Montparnasse, el barrio donde tenía ella alquilado un estudio-buhardilla.

Habló de las fachadas más antiguas del París legendario, del elegante Saint-Germain… Pero muy pronto, Denis Logan iba a conocer personalmente y en circunstancias especiales, aquel distrito.

Explicó ella el recurso a que acudió para ocultar los cinco naipes. Un recurso que imaginó en el viaje de Montecarlo a París.

Tenía precisión de esconder aquellos cinco naipes en sitio seguro que a la vez supusiera para ella algo así como un salvoconducto. No sufriría daño, pensó, mientras no aparecieran los naipes.

Ella frecuentaba mucho los muelles del Sena entre el Puente de la Concordia y el de San Miguel, para rebuscar en las largas cajas de libros colocadas sobre los parapetos.

Aquellos muelles donde sobre el Sena estaban los libreros, y en la margen opuesta, en las casas, los anticuarios, fueron la inspiración de Lea Joyce.

Entonces, a raíz de haber decidido «explotar» el ignorado valor de los cinco naipes, casi había sonreído pensando en el ingenioso truco que en el tren, el placentero tren Azul, había consolidado en su mente, después de rechazar otros que imaginó.

Había sido para ella, un fácil ejercicio mental. Y lo fué porque ignoraba que Myrna fuese la esposa de un criminal fugado, y que Stanton tuviera a su servicio un «verdugo privado».

Su razonamiento fué sencillo. Dió por descontado que todo su equipaje y cuantos objetos tuviera en el estudio de Montparnasse, serían concienzudamente registrados.

Era también absurdo emplear los habituales escondites femeninos: sostén, o forro del abrigo, por cuanto llevar encima aquellos naipes, era perderlos.

Y fue entonces, cuando pensó en Norah. Entre los muchos personajes extraños que pululan por los famosos cafés de Flore y los Dos Magots, cunas del existencialismo, todos conocían a Norah.

Nadie sabía de dónde venía ni cuál era su nacionalidad. Ni siquiera su apellido. Era Norah. Y su arte era esencialísimo. Decoradores hay millares en París, pero como Norah, ninguno.

Explicó Lea, que Norah vivía en un palomar, allá en lo más alto de un edificio de la calle de Nesle, desde la que se apercibía la famosa torre donde Margarita de Borgoña, tras noche de orgía, hacía arrojar al Sena metidos en un saco, a sus enamorados fugaces.

El palomar amplio, fué comprado por Norah, que dio suelta a todos los inquilinos alados, y se instaló con todo su mobiliario, consistente en caballete, tubos de pintura, pinceles y lienzos, una gran cafetera constantemente en funciones, una hamaca y la jaula con «Pepé».

«Pepé», era un papagayo brasileño, cuya lengua era activísima. Los palomos a quienes Norah dio libertad, fueron volviendo por hábito. La presencia de «Pepé», les inquietó al principio, pero después, lo consideraban uno más de la familia.

Y contaba Lea que Norah pintaba con gran ahinco, con éxtasis, olvidada por completo de los arrullos y revoloteos, en aquella única habitación donde el loro lanzaba frecuentemente diatribas originalísimas contra los palomos y su dueña.

El léxico de «Pepé» era abundante, debido a las muchas visitas de bohemios que venían a admirar las creaciones de Norah.

Lea sabía que Norah empleaba un lienzo especial, usando el marco por los dos lados. Al anverso, el dibujo con colorido; al reverso, el forro. También a veces pintaba paisajes o figuras, dándoles color a los dos lados del marco.

Arrinconaba siempre en un estante un stock de lienzos preparados. Y Lea deslizó los cinco naipes entre los dos lienzos de un cuadro virgen, que era el último del montón.

Añadió, cuando ya el tren entraba en la estación terminal:

—Había sus buenos veinte marcos. Por más que ella haya trabajado, y tiene largas etapas de pereza adormilada, sigue allí él marco último. Iremos directamente a su palomar.

Denis Logan, antes de descender del vagón, comentó:

—Es casi seguro que Stanton tendrá a algún rastreador sobre

nuestros pasos. Cuando subas al palomar, me quedaré vigilando el acceso.

Un «taxi» les condujo hacia el Quartier Saint- Germain. A un lado, las mansiones de rancia aristocracia, con salones cuya entrada es rigurosamente limitada a una minoría de antiquísimos títulos.

Y por los muelles y entre las calles Jacob y Bonaparte, los cafés poblados de moderna fauna existencialista: chicas con pantalón marinero, sandalias y jersey, y ellos, con barbita, gafas, melena, y atuendos parecidos a los de los vaqueros, camisas a cuadros de tonos violentos, y ademanes de fatiga intelectual.

En la calle de Nesle, el «taxi» se detuvo ante un edificio de cinco pisos, rematado en lo alto por una cúpula: el palomar.

La vieja escalera crujía en sus peldaños. El último rellano, daba acceso a la azotea en que vivía con sus palomos y el loro, Norah.

Dijo Logan:

—Nadie ha subido tras nosotros. Pero aquí me quedo. Recupera los naipes.

Lea Joyce fué saludada por el aletear de varias palomas, y el graznido estridente de «Pepé», que en su jaula, manifestó:

—¡La patrona no recibe!

Las cuatro paredes tenían como adorno superior, los nidos. En el centro había muchas manchas de pintura y otras creaciones de los alados inquilinos.

Decía Norah que estas manchas, tenían gran variedad de colorido, y le habían inspirado con frecuencia tonalidades de éxito.

Norah estaba sumida en el interior de su colgante hamaca, cubierta por una manta india, y apoyada la cabeza en un rollo a modo de almohada. Un rollo de gasa rellena de hierbas aromáticas…

El papagayo, mirando fijamente con sus redondos ojos coléricos a la visitante, se mordió las uñas, haciendo equilibrios sobre su barra, y por fin, graznó:

—¡Fuera! ¡Abajo sobra calle! ¡Patrona no recibe!

Desde su hamaca, Norah removiéndose, habló medio despierta:

—Te vas a calzar mi bota, condenado pajarraco.

Lea Joyce miraba el estante de los marcos vírgenes. Había disminuido pero en las paredes sólo había cuatro pintados, y uno de ellos, lo había ya visto.

El loro, irrespetuoso, graznó:

—¡En pie, pintamonas!

Abierto un ojo, Norah examinó a la visitante. Sonrió, y envuelta en su manta, asomaron las dos largas piernas flacas que introdujo en las altas botas, forradas por dentro con piel de leopardo.

En pie, medía cerca de los dos metros, y su larga cara caballuna,

la panocha amarillenta de sus cabellos, y su descarnada figura, le habían valido el sobrenombre de *Fil de fer*.

Se encaminó hacia el trípode que soportaba la cafetera, cuyo hornillo puso en ignición. Bostezó:

— ¿Qué hora es, Lea?

—Las cinco.

—¿De cuándo?

—De la tarde. Viernes, mes de febrero, Norah.

—Hace tiempo que no leo nada tuyo. Dejaste seguramente la colaboración en la «Hoja de las Musas». Eres poco práctica, Lea. Te he dicho que debes hacer letrillas para las canciones de Piaf y demás. Es poesía y da mucho dinero.

Lea Joyce aceptó la taza de café, y mientras soplaba, comentó:

—Tengo que confesarte que abusé de tu confianza, Norah.

—Cuéntamelo, cuéntamelo. Los chismes me despepitan.

—Una tarde, hace varias semanas, vine aquí, y no estabas. Yo llevaba algo que quería esconder. Unos naipes, y los coloqué en un lienzo tuyo. Aquél, el último del estante, y marqué el recuadro con una muesca.

—¡Qué interesante!

—¡Calla, Torre Eiffel! —graznó el loro.

Norah en éxtasis, contemplando amorosa al bicho. Dijo:

—Para la próxima campaña electoral, «Pepé» se ha enrolado en el partido de los senadores. ¿Y qué tal, Lea?

—Vengo a recoger los naipes.

—Ya sabes que no juego a cartas. Quisieron enseñarme el «bridge», pero es algo superior a mis fuerzas. ¿Dónde están los naipes?

Pacientemente, Lea Joyce apuntó hacia el estante:

—El último lienzo, Norah.

—¿Me quedó bien, verdad? Quiere plasmar un cortinaje adecuado para un tocador de actriz dedicada a papeles de mujer mala…

Norah señalaba un cuadro pintado, donde relámpagos verdes surcaban manchas redondas carmesí.

—Pasión y sangre —resumió satisfecha.

—¡Salchichón y mugre! —graznó el loro—. ¡Mozo, un litro de tintorro con pimienta para la patrona!

Las dos tazas de café iban devolviendo a Norah su raciocinio. Fué comprendiendo la repetida explicación de Lea.

Se encaminó hacia el estante, y atrajo el último lienzo, que tendió a Lea.

—Un juego de manos que no comprendo, Lea.

Lea Joyce miró el recuadro y palideció, murmurando:

—No lleva la marca, Norah.

Afanosamente fué examinando todos los otros recuadros, y los que colgaban de las paredes. Ninguno llevaba la muesca que ella había hecho tras ocultar entre los dos lienzos, los cinco naipes…

—¡Norah! ¡No está!

—¿Quién?

—¡El cuadro donde escondí los naipes! Era el último del estante. El último.

Norah miró hacia la jaula de «Pepé», el cual, paseaba majestuosamente por su barra, muy semejante a un filósofo misántropo con frac verde.

—Estoy coordinando, Lea… ¿Dices el último? Lo normal es que yo coja el de arriba, claro, y después el otro que sigue… ¿Para qué ibá yo a levantar todo el montón y coger el último? ¡«Pepé»!

—Presente, encanto —dijo el loro, cabeceando.

—Ya está. Resulta que «Pepé», una noche, tomó parte en una reunión. Le abrimos la jaula, y al amanecer lo encontré, por cierto, vergonzosamente ebrio, durmiendo sobre el primer lienzo. Lo había manchado en forma indecorosa. Limpié todo, y como tenía inspiración, arranqué del último marco, por si los otros estaban calados…

—¿Y qué… hiciste con él? Piensa bien, Nora. Para mí es muy importante.

—Vamos a ver… —y la decoradora miró los cuadros pintados—. El cortinaje «Ráfagas, de Pasión», lo terminé ayer, jueves. «Idilio campestre», aquel sonrosado con pastorcillos en bicicleta lo acabé… Sí, empezando por el final, llegaremos a tus naipes. No te apures, pero déjame pensar. No patalees así, Lea. Después, o sea antes, pinté, «Luna en Celos», aquella tela de plata y fresa. Le siguió, «Zíngara fogosa»…

Buscó ella con la mirada por las paredes.

—¿Dónde está mi «Zíngara fogosa»? ¡«Pepé»!

—Presente, mi vida —graznó el interpelado.

—Sigue, Norah —apremió, ansiosa, Lea—. Decías que habías pintado una zíngara fogosa… Y ya no está aquí. Debiste entregarla a tu marchante expositor.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Norah, mirando con respetuosa admiración a su amiga—. Eso hice. Se lo entregué, porque me dijo que tenía un americano rico en vista.

—¡Dios, Santo! ¿Hace mucho, Norah?

—Hija mía, yo no soy una registradora mecánica. Pero Brion lo sabrá.

Lea Joyce corrió, abandonando el palomar, y al llegar junto a Denis Logan, exclamó:

—¡Vamos a Brion!

—Vamos. Pero con calma, Lea. ¿Qué sucede ahora?

Mientras bajaban, contó ella que Norah había pintado el doble lienzo, que entregó al expositor Brion.

Denis Logan la aplacó, reteniéndola por el brazo:

—Es de noche ya, y la calle es muy apropiada para emboscada. Sigue tras de mí, y si notas que alguien se acerca por la espalda, avísame. Y condúceme hacia Brion. ¿Es lejos?

—Calle, Jacob, a pocos metros.

Las calles vetustas tenían pátina de siglos. El Sena susurraba su eterna canción rumorosa. Los cafés aparecían rebosantes de sus soñadores, que entre copa y copa, planeaban grandes trabajos que nunca realizaban.

Denis Logan avanzaba cauteloso. Tenía el presentimiento de que alguien los espiaba. Pero abundaban los gendarmes, deambulando pacíficos, con su porra bajo el brazo.

Un ataque, allí, era poco de esperar. Llegaron a unas vitrinas, encima de las cuales destacaba el letrero:

«Brion. SALA DE ARTE.»

Entraron. Había bastantes mirones. Por las paredes, una mezcla de todo lo que constituye lo antinatural. Era el templo de lo opuesto a lo clásico, donde lo «pompier», lo «lamido», no tenía entrada.

Denis Logan se sobresaltaba viendo que bajo un cuadro donde había una media botella, o algo parecido, un chorro de bermellón, y un compás, había un letrero que decía:

”Retrato de mi hija mayor.”

El hermetismo de la supuesta pintura escapaba al hijo de las Tierras Altas. Un individuo calzando mocasines, con pantalón de pana verde, jersey rojo, y bufanda amarilla, que cubría su cráneo calvo con un gorro blanco rematado por una borlita, se acercaba a Lea Joyce, que recorría afanosamente con la mirada los muchos cuadros.

—Hola, poetisa. ¿Buscas algo de lo bueno?

—Hola, Brion —saludó ella—. Estoy buscando un cuadro de Norah.

—Ah… ah… Tengo seis de Norah, una escala cromática rival del arco iris más inimaginable. Gran talento el de Norah…

***

Mientras, en su estudio-palomar, Norah, tras echar grano a los palomos y darle al papagayo su preferido manjar, contemplaba abstraída el espacio sin pintar del lienzo que estaba trabajando.

Mojaba un largo panecillo en una lata de carne congelada… Fué «Pepé» quien advirtió:

—¡En la calle sobra sitio! ¡Fuera!

Así solía recibir a las frecuentes visitas. Miró Norah. Le gustó el aspecto del visitante primero, cuyo monóculo daba el último toque a su presencia de clubman distinguido.

No veía a los otros dos, por la sencilla razón de que estaban fuera, en la azotea. Dos clásicos apaches parisinos, hábiles en el cuchillo, pero que también se habían modernizado. No empleaban ya la gorra, el pañuelo negro, los escarpines silenciosos, y el cabello planchado.

Vestían como cualquier «zazú» del barrio: jersey, sandalias, pantalón de pana, y no se afeitaban el mentón.

Leslie Stanton saludó ceremoniosamente, al decir:

—Soy australiano, Norah, y me atrae su arte excepcional. No quisiera que nuestra común amiga Lea, me privase del placer del mejor cuadro.

—Lea no compra, aunque entiende, señor. Al parecer, ahora sólo colecciona naipes.

El monóculo destelló, y Stanton tuvo una sonrisa mundana:

—Ya sé, ya sé… Anda buscando cinco naipes, caprichos excusables. A lo mejor, ni son pintados con gusto…

—No los vi, señor. Ella los escondió en mi cuadro de la «Zíngara fogosa», que está en la Exposición Brion. Allá ha ido, precisamente ahora mismo, pero no creo que Brion la deje maltratar mi obra de arte.

—Brion sólo podrá aconsejarla lo normal. Que acuda a conseguir su permiso. Bien, Nora… Aquel cuadro es maravilloso… Maravilloso…

Allí en el interior, Stanton demostraba haber estudiado el difícil arte moderno, esquizofrénico en su mayoría, demostrativo del desquiciamiento general.

Fuera, los dos apaches tenían sus instrucciones, y la recompensa prometida, les haría ser esmerados.

***

Entre tanto, en la sala de la calle Jacob, Brion inquirió:

—¿Uno en particular, Lea?

—La «Zíngara Fogosa»

—Vendido.

Lea Joyce tembló, preguntando:

—¿Puedo saber a quién?

—Ayer mismo. A un industrial dedicado a traficar con los estómagos. «Las compotas azucaradas, vitaminizadas, robustecen a las muchachas, si son de la marca Galejadas». Sí, lo compró Marius Galejadas. Adquirió otros tres portentos, y… por cierto, no sé si los envié ya… ¡Tengo tanto quehacer!

—Escuche, Brion. Yo quisiera ver la «Zíngara…

—Bueno, bueno. Su ardor artístico me conmueve, Lea. ¡Eh, Jules! Ven acá…

Se acercó un raído sujeto, vestido normalmente. Era el asociado de Brion, quien le pregunto:

—¿Has hecho el envío a Galejadas, el de las compotas?

—Debes saber, Brion, que el marsellés nos ordenó no se lo enviáramos, hasta que no se fuese de la capital. Pasado mañana hay que facturar el embalaje, vía Marsella.

—Desembala, y enseña a los amigos la «Zíngara fogosa», de Norah.

El asociado precedió a Lea y Logan hasta un almacén-vivienda posterior a la sala de exhibiciones. Había lienzos de cara contra las paredes, marcados con, un cartelito numerado.

El asociado de Brion indicó:

—Aquél.

Pintado por los dos lados, era fácil de reconocer la firma de Norah. Representaba una llama culebreante surgiendo de una olla transparente de la que asomaban manos engaritadas, sin brazos. La olla trasparentaba un cráter de volcán, y una cadena de sátiros bailaban asidos por las manos en rededor del recipiente.

La llama, en, su remate, fingía dos gruesos labios… Lea Joyce tendió el índice, y vió Logan la muesca de entalladura, la señal hecha por Lea en la madera del recuadro.

Dijo Lea:

—Voy a llevarme este cuadro, Jules.

—Es imposible, mi buena señorita. Está pagado.

—Escuche, Jules. Yo escondí entre los lienzos de este cuadro, algo mío, y Norah, que lo sabe, me envió aquí a recogerlo.

—Todo cuanto me dice es evidente, al igual que la evidencia de que este cuadro sólo puede llevárselo su dueño. Ni siquiera la misma Norah puede ya disponer de él… Bien, llamaré a Brion.

Tocó Jules un timbre, y al poco acudía Brion, a quien expuso la petición de Lea. Brion comentó:

—Firmo y rubrico lo declarado por Jules. Hay una posibilidad, y es que como aun no he pagado a Norah, ella puede decidir.

Denis Logan intervino, flemático:

—Este cuadro contiene un explosivo, Brion.
—Bien definido. Es usted un buen crítico de arte. Es explosivo.
—Yo no he entendido una sola palabra de lo dicho, aunque sé leer francés, porque tuve un cliente cazador que estuvo cinco meses conmigo en las montañas, y era de Lyon. Anda ya, Lea, coge el cuadro.
Ella sonrió nerviosamente:
—No, Denis. Mejor será avisar a Norah. Ella lo conseguirá, sin violencias.
—¿Violencias? —exclamó, arrobado, Brion—. El robo de cuadros, es gran propaganda artística. Pero es norma en la Sala Brion cumplir los compromisos. Mejor será que intenten robar uno de los no vendidos.
—Esta turba de locos… —empezó a decir Logan, tendiendo una mano hacia el cuadro.
—¡No, Denis! Yo iré a buscar a Norah. Vendrá conmigo…
—Tengo prisa por volver a lo mío, allá en Inglaterra, Lea. Oigan, es cosa sencilla. Entre los dos lienzos hay cinco naipes. Los quiero. Lea se limitará a desclavar un lado, y extraer los naipes. Eso es todo.
—Imposible, caballero —atajó Brion—. Que venga Norah, y ella asumirá la responsabilidad. ¿Es que no ha oído hablar del barniz, que puede resquebrajarse, si se mueve la tela? Vamos, vamos, salgan, por favor; vamos, vamos…
Lea Joyce asió del brazo a Logan, murmurando:
—En seguida estará arreglado, Denis. Por favor. Vamos a buscar a Norah.
El escocés, encogiéndose de hombros, abandonó la trastienda. Atravesando la sala, comentó:
—Pareces olvidar que puede estar Stanton ojeando todo lo que hacemos. Este cuadro puede ya correr peligro de desaparecer. Tampoco puedes ir sola, y yo no quiero separarme de la caza menor.
—Creo lo solucionaré. Aguarda un momento.
Lea Joyce se encaminó hacia donde Brion enseñaba otro esperpento a un viejo con aspecto de rabino.
—Brion, un favor… Con permiso, señor.
—¿Qué pasa, poetisa?
—Urge lo mío, Brion. Que nos acompañe a casa de Norah, con el cuadro, cualquiera que usted indique.
—Puede hacerse. ¡Eh, Pampiol!
Se aproximó un individuo de recias espaldas, embutidas en chaquetón de cuero. Un bretón que pintaba miniaturas.
—Acompaña a Lea con el cuadro de la «Zíngara fogosa». No

sueltes el cuadro mientras no te lo diga Norah. Y vigila al inglés… Quiere robarlo.

—Descuida, Brion. Yo soy de los que no suelta prenda; ya lo sabes.

El bretón, con el cuadro envuelto en funda protectora, siguió a Logan y Lea hasta la calle, donde manifestó Logan:

—Dile que pueden atacarnos.

Tradujo Lea, y el bretón contestó:

—Yo respondo del cuadro.

En la escalera que conducía al palomar, crujieron los peldaños… En la azotea, uno de los apaches emitió un tenue silbido. El otro, hizo lo mismo que el silbador. Se ocultó tras una de las chimeneas.

En el interior, Leslie Stanton, avisado, se acercó a un lado de la única puerta, jugando con el puño de su bastón, mientras de espaldas, extasiada, Norah iba derramando verbales elogios sobre su cuadro «Idilio»…

Apareció en la azotea Denis Logan, que pareció ventear el aire. Tras él, Lea Joyce, impaciente, avanzó…

El bretón se adosó a la puerta, examinando los techos de París… Denis Logan frunció el entrecejo… Detuvo con el brazo extendido a Lea.

Giraba en semiarco la vista, y murmuró:

—Hay alguien escondido. Llama a Norah.

—¡Norah! —gritó Lea, con voz poco firme.

Sobre la azotea parecía desplomarse el negro cielo nuboso. Los techos destacaban sus colores rojizos y blancos, con las erguidas crestas de las chimeneas.

Se entreabrió la puerta, y apareció Norah:

—Adelante quien sea. Norah soy yo, y aquí vivo. Adelante.

Señaló Logan la puerta abierta, y hacia ella se dirigió Lea Joyce. El bretón adosado a la pared, junto a la otra puerta de acceso, depositó el cuadro en el suelo, abriendo las piernas…

Acababa de ver una sombra moverse tras una chimenea. Denis Logan saltó hacia delante, empujando a un lado a Lea, que se disponía a entrar. Irrumpió con arranque de torbellino, asiendo por el cuello y la entrepierna al que alzó el estoque desenvainado.

Chilló Norah, graznó el loro, y aletearon los palomos… mientras en alto, Leslie Stanton asestaba estocadas y altibajos inútiles…

Girando sobre los tacones, Denis Logan practicaba la llave de lucha escocesa, conocida con el apelativo de «vértigo»…

Apareció en la azotea, llevando al extremo de sus brazos al australiano, que boca hacia el cielo, empuñaba ahora el estoque a guisa de largo puñal.

Fué el momento en que Denis Logan soltó el proyectil humano,

tomando como blanco, no un tronco escocés, sino uno de los dos «zazús-apache», que cuchillo en mano avanzaban hacia el bretón…

Stanton chocó contra su cómplice, mientras el otro, ante el brusco e inopinado lanzador, agachó la cabeza, dispuesto a ejercer el temible arte de la *savate* francesa.

Denis Logan se abalanzó, también cuchillo en mano… El apache pareció huir, pero apoyando las dos manos en el suelo, al volverse, alzó los dos pies, en recia «coz», que alcanzó de lleno en el pecho de Logan.

El escocés asió los dos tobillos, y volteó sobre sus tacones. El apache fué elevándose trazando círculos cada vez más raudos, alrededor del campeón de los festejos escoceses.

Salió disparado, y fué a estrellarse contra el palomar… En el suelo, Stanton apretó el gatillo, pero el tiro salió hacia otro lado, porque el bretón, interviniendo, acababa de asestarle un puntapié…

El otro apache, serniinconsciente, trataba de incorporarse. El bretón iba asestándole manotadas sobre la nuca, abatiéndolo a cada intento…

Denis Logan había ya saltado con felina estirada sobre el australiano, y montando encima de él, asiéndole por el cuello golpeaba su cabeza contra el suelo.

En el umbral, Norah y Lea enlazadas por el talle, miraban dilatados los ojos, la lucha confusa, mientras atrás el loro, creyendo en alguna reunión amistosas de artistas, graznaba:

—¡Fraternidad y concordia! ¡Abajo Picasso! ¡Arriba, Van Gogh!

El bretón, limpiándose el sudor, manifestó:

—¿De dónde sale este energúmeno? —y se refería a Logan.

El escocés estaba efectuando una manipulación extraña. Arrastraba al magullado apache que chocó contra el muro, llevándole de los pies. Lo colocó junto al desmayado que el bretón había casi desnucado, y les trabó de espaldas, con sus pañuelos y jerseys.

La capa y la larga bufanda de seda de Stanton, ligó por los codos y tobillos a los tres atacante, ahora convertidos en un fardo sangriento y desmadejarlo, aptos para un hospital.

En pie, Denis Logan indicó:

—Dígale al francés, que estos tres pretendían matarnos, y que avise a un policía. Puede decirle que soy del «Intelligence».

Tradujo Lea, y el bretón sonrió:

—Bravo… Pero lo dicho. Avisaré al gendarme, cuando Norah me diga que suelte la Zíngara.

Norah, majestuosa, envuelta en su manta india, manifestó:

—Tres hombres intentando matar por mi Zíngara, es la consagración de mi arte, Pampiol. Avisa al gendarme.

En su taller, Norah, con delicadeza, levantó un trecho de lienzo. Volcó, y al suelo cayeron cinco naipes… Uno de ellos, boca arriba, era el tres de tréboles.

Los recogió Lea, diciendo:

—No hables de estos naipes, Norah, cuando llegue el gendarme.

—Hablarás tú, Lea. Los naipes, ¿qué son? Una insignificancia… Esos tres hombres vencidos por tu compañero, querían robar mi cuadro.

El gendarme que apareció, gruñía benévolo:

—¿Qué historia es esta, Madame Norah? ¿Quién puso en tal estado a los tres atados de la azotea?

Intervino Lea, presurosa:

—Iremos a la comisaría de la Brigada Social, gendarme. Mi compañero tiene que hablar con el comisario. Es inglés.

—Inglés o chino, tendrá que explicar el estropicio. Usted, señor Pampiol, no huele a pernod, pero su historia es poco sensata. Acompáñenme todos…

El loro chilló estridentemente:

—¡Mueran los gendarmes!

El uniforme le había inspirado la frase aprendida ciertos amaneceres, en que los gendarmes tenían que poner orden en el palomar…

El gendarme miró chasqueado a «Pepé», que muy ufano, hinchado el buche, la cresta erguida, repitió su bravata…



Este es tu ataúd, Logan.

—Este bicho haría un buen caldo Madame Norah.

Fuera, otros dos gendarmes custodiaban a los tres que seguían sin sentido. El que salía con los cuatro del palomar, advirtió:

—Avisaré ambulancia. Vosotros, custodiad a éstos tipos. Parece ser que son pasto para la Brigada Social.

Bajando las escaleras, Pampiol manifestó:

—Al igual que robaron la Gioconda, querían ro bar la Zíngara…

—Bueno, silencio, señor Pampiol —gruñó el gendarme—. Se explicarán con quien tenga la cabeza más complicada que la mía.

Media hora después, un comisario del «Deuxieme Bureau», la organización francesa de contra-espionaje, asentía:

—Las acusaciones contra el australiano, son suficientes para tenerlo años a la sombra. Envíen desde Londres, el informe referente al asesinato de Berta, y allanamiento. Y de acuerdo en mantener en su gloriosa creencia a Norah y Pampiol.

***

La prensa pregonó que tres bandidos, uno de ellos internacionalmente famoso, habían intentado robar el cuadro la «Zíngara fogosa»…

Y en el tren que les llevaba a la Costa de la Mancha, dijo Lea:

—Al menos, si pude comprometer a la inefable Norah, ahora la he prestado un gran favor. Sus cuadros se venderán a precios exorbitantes.

Denis Logan en frente de ella en el compartimiento, comenzó:

—No hay duda que en las ciudades, abundan los locos. Hemos conseguido ya apartar de nuestro sendero a Stanton. Y ahora queda lo peor para ti Lea.

—A tu lado, nada temo, Denis. Como dijo Norah, eres la encarnación atómica del Adán arrollador.

—Tengo que apresar a Curtis. Pero Curtis no aparecerá, porque tiene a Myrna y Jarvis Block en funciones. Y sólo aparecerá, si tú estás conmigo. No quiero exponerte inútilmente… He estado pensando la mejor solución. Somos dos piezas grandes para Curtis. Y para cazarlo, debo llevarle a la presunta trampa. Escucha atentamente, Lea… Myrna y su gente, me esperan. Siguen creyéndome un provinciano, y los escoceses tenemos fama de avarientos y codiciosos. Yo te diré lo que vas a hacer, y no temas…

Ella susurró, sonrojándose:

—Es ridículo, Denis… pero he vuelto a ser una colegiala. Aun queda noche hasta llegar a la costa… Y llevo tiempo embrujada por estos siniestros naipes… De vez en cuando, me miras afectuosamente… Pero otras veces, me da pena, porque me miras como si yo no fuera una mujer…

Denis Logan actuó no por experiencia, sino por instinto. Se levantó, y vino a sentarse junto a ella. Pasó un brazo sobre los hombros femeninos y dijo:

—Cada vez que te he visto en peligro, he sentido algo extraño. He sentido una voz hondísima, que me afirmaba que ya nunca más tendría para mí alegría la vida, si volvías a extraviarte en nieblas… Donde yo esté, estarás, Lea. En mis montañas, la corza solitaria, acaba por perecer. Y tú en los abismos de las ciudades, solitaria,

perderías lo que hasta hoy conservaste…

Lo que iba diciendo era rústico, pero para Lea Joyce, era la declaración de amor que obscuramente había anhelado. Amor verdadero, sin cerebralidad, sino toda alma…

Un revisor que se disponía a abrir la portezuela del compartimiento, retiró la mano. Era francés, aunque funcionario, y estimó que aquel abrazo era tan gentilmente romántico, que interrumpirlo hubiese sido imperdonable. Si no tenían billete, poseían, en cambio, un pase privilegiado: eran, jóvenes, hermosos, y acaban de descubrir su amor.

El experto revisor conocía al instante, con una ojeada, los amores clandestinos, los profesionales y los matrimonios. Y aquella pareja era natural y sincera. Estaba, en el inicio del amor.

***

Barney Reynolds había acudido a la cita por radiograma, y traía lo necesario. El técnico en revelados, y el experto en falsificaciones.

Mientras los dos técnicos actuaban, en aquel camarote del barco que se disponía a zarpar para Londres, explicó Logan:

—Son precisos los cinco naipes, iguales… Que varíe tan sólo la numeración en el tres, y el dibujo en los otros. Cuando aparezca Curtis, lo tendré todo. La baraja completa.

El agente veterano miró a Lea Joyce, que asida del brazo de Logan, parecía muy lejana…

—Es arriesgado, Denis. Tu plan es bueno, pero Block y Curtis son fieras.

—En mis montañas, las cacé peores. No fallará, Barney. Si tan seguro estoy, es porque con la baraja completa en mi poder, y cazados Curtis y los suyos, ha terminado para siempre la pesadilla de Lea. Todo saldrá como te digo. Es una caza donde los senderos los domino yo.

VI

Myrna Todd fumaba incesantemente, encendiendo un cigarrillo con el resto de otro. A su lado, Jarvis Block, la calmaba:

—Ya hemos llegado al final, Myrna. Todo lo tiene bien preparado Walter. Tú ya sabes lo que tienes que decir.

—Pero pueden haber cambios imprevistos, Jarvis…

—¡Maldición! Serénate… Soy Jacob Zilay, no lo olvides.

—Es que esta espera me ha puesto nerviosa. Y ahora, lo que ha telefoneado el escocés, no está claro.

—Lo estará. Prometió traer los naipes. Walter cree que está enamorado de ti, y que no sospecha el valor de los naipes.

—¿Pero por qué se marchó él con Lea?

—Para sonsacarla. Calma, que ahora todo lo sabrás. Son ya las tres de la madrugada, y él te ha telefoneado que estará aquí dentro de cinco minutos. Te dejo sola, y no falles. Recuerda que el escocés nos llevará al éxito completo. Calma, Myrna.

Salió Jarvis Block, para encerrarse en el vecino cuarto. Myrna Todd fue a examinarse a un espejo. La ansiedad de su rostro la embellecía. Pero había algo nuevo para ella, algo que la soliviantaba íntimamente.

Estaba dispuesta a cualquier sacrificio para salvar a Walter, pero la orden de éste por mediación de Jarvis Block, le demostraba que el hombre al cual amaba, era inhumano.

Había dicho:

«Ordena a Myrna que si es preciso, emplee todos sus recursos de mujer, hasta el último, pero para nuestra fuga y unión, necesito los naipes y a Logan».

Hasta el último recurso femenino… Myrna Todd trató de olvidar la humillación que internamente sufría. Recordó la otra indicación:

«Primero, has de fingir traición. Puede que Denis Logan sea del Servicio Secreto. Absurdo, pero posible. Lo averiguarás, fingiendo traición».

Cuando en la puerta del ático, resonó el pulsador, se dirigió ella a abrir. Iba a ser el acto más importante de su existencia…

Denis Logan entró, y ella murmuró, anhelante:

—He estado mucho tiempo esperándote, Denis… He pasado muy malos momentos.

El escocés sabía ya que los naipes valían una fortuna. No pudo menos de admitir íntimamente, que Myrna Todd era hermosísima,

aunque se asemejaba a las flores agladioladas de las Montañas. Había veneno bajo la filigrana de los pétalos…

En la gran sala, Myrna cogió, las dos manos de Denis Logan. Temblaba, y no le costaba fingirlo:

—Tengo miedo, Denis.

—Yo puedo disipar tus temores.

Ella, preciosa y muy seductora, al sentarse, alzó hacia él la trágica expresión de sus grandes ojos….

—Desapareciste así tan repentinamente… con Lea…

—Tú tenías un gran afecto por los naipes. Lea confía en mí. Ha ido poco a poco recuperando el recuerdo. Y tenías razón… Estaba enamorada de mí. Me llevó a París. Allí tenía escondidos los cinco naipes. En un lugar ingenioso. Dentro del lienzo de una pintora, que lo ignoraba. Los rescató, y entonces, me dijo que quería huir lejos, a América del Sur, donde podía vender sus cinco naipes, a cierto australiano llamado Leslie Stanton…

Brillaron los ojos de Myrna Todd.

—¿Dónde está Lea?

—Con los naipes, esperándome.

—¿Dónde?

—Tenía miedo de seguir un camino normal. Dijo que Stanton, o tú misma, podía hacerla vigilar. Y confió en mí. La he llevado a la costa escocesa, y allí espera.

—¿Qué te dijo de los naipes?

—Que Stanton la había engañado. Los naipes tienen dibujos de un aparato. Y el tres de tréboles lleva la ordenación de la baraja entera. Se lo dijo Stanton, y le ofreció cincuenta mil dólares.

—¿Y por qué no negoció conmigo?

—Eso le he dicho. En Loch Finlay espera.

—Stanton puede encontrarla.

—No. En Loch Finlay hay lugares, que ni un nativo puede recorrer. Yo sí, porque era mi terreno de caza.

—Habrás pensado que yo te he engañado, Denis.

—Nada te pregunté.

—Los naipes valen mucho dinero, Denis. Pero ha sucedido algo imprevisto. Mi marido…

Hizo ella una pausa, acongojada. Denis Logan, sentado, tenía en su semblante una expresión flemática…

—Hasta hoy le obedecí, y esos naipes los quería él. Está escondido. Pero para mí ya no hay porvenir. Es un fugado. Yo le quería, pero he sabido que sólo piensa en los naipes, y que después me abandonará, o lo que es peor, puede matarme… Ha sabido que vienes aquí… Creo que tiene celos de ti, Denis.

Iba ella ateniéndose a las instrucciones de Walter, transmitidas

por Jarvis Block, que escuchaba complacido, pensando que no había mejor actriz que una mujer enamorada.

Denis Logan creyó en la sinceridad de la bellísima mujer, que escultural, se retorcía los brazos, como presa de íntima lucha…

—Bien, Myrna, ¿y qué?

—Los naipes valen una fortuna. Si los entregamos al Servicio Secreto, obtenemos una recompensa. No es traición, Denis… Yo estoy dispuesta a decir dónde se esconde Walter Curtis… ¡porque he sabido que quiere a otra mujer!

Denis Logan quedó defraudado. Ya no había caza. La pieza iba a ser venteada por la hembra celosa…

Y de pronto, cuando iba a declarar que pertenecía al Servicio Secreto, hubo algo instintivo que le alertó.

Los párpados entrecerrados de Myrna Todd, no velaban pupilas de mujer celosa, sino mirada de acecho…

Denis Logan comprendió. Toda la astucia del cazador renació…

—Si quiere a otra mujer, yo te ofrezco mejor venganza, Myrna. Eres muy libre de ir al Servicio Secreto, pero entonces, yo me voy con Lea, con la que repartiré lo obtenido por los naipes. Esta era la proposición que vine a hacerte, Myrna.

Ella abrió los ojos, como si de pronto tuviera una revelación.

—¿Acaso… me estás ofreciendo huir contigo, Denis?

—Eso hago.

—Entonces… ¿me quieres? —musitó, realmente sorprendida. Nunca lo hubiera supuesto… y por esto fué sincera al añadir—: No es tu actitud la del hombre enamorado.

—Soy rústico, Myrna. Y a la vez escocés. Primero, el dinero, y después, el amor. Yo puedo darte huida, porque los senderos del Loch Finlay, nadie más que yo puede andarlos, y sé dónde hallar barco que puedo tripular.

—¿Y Lea?

—No cuenta para mí.

—Es cruel eso que dices, Denis.

—Supongo que será porque te quiero, y sólo tú cuentas para mí.

Ella fingió reflexionar un instante:

—Si salgo sola, puedo levantar sospechas. Tal vez consiga convencer a Zilay. El comprador de su cuadro, mantiene la oferta del coche. Nos acompañaría allá, y con cualquier pretexto le dejaríamos…

—Bien. Convéncelo. Estoy muy cansado, Myrna. Han sido dos viajes pesados.

—Puedes dormir aquí mismo, Denis. Yo… mañana te traeré el desayuno. Será como un preludio de nuestra futura existencia.

—Pero tú no me quieres…

Fué ella hábil.

—Todavía no, pero siento que habré de quererte mucho, Denis. Ven, y ocuparás la habitación que era de Walter…

En la habitación, ella antes de cerrar la puerta, dijo:

—Felices sueños, Denis…

Y gentilmente lanzó un beso, con el extremo de sus dedos apoyado un instante en sus labios.

Cerrada la puerta, Denis Logan empezó a desvestirse. Podía dormir tranquilo… La trampa iba cerrándose, pero los cepos no morderían hasta Loch Finlay.

En el pasillo, Myrna Todd observó cómo Jarvis Block, con las zapatillas en la mano, iba hacia la puerta.

Ella le siguió hasta entrar en el piso de Jacob Zilay.

—Todo perfecto, Myrna. Ahora iré a decirle a Walter, que ya está ganada la partida.

—¿Conoce Walter el Loch Finlay?

—Un plano de carreteras, con guía de paradores montañeses, bastará. Walter me indicará el lugar propicio para el encuentro.

Myrna Todd asintió, y Jarvis Block, antes de irse, advirtió:

—Mañana tendré el coche preparado. Denis Logan es conocido como deportista, y quienes con él vayan, no serán sospechosos, y más viajando a la luz del día. Además, ya desistieron de vigilarte. Supondrán que Walter y yo estamos lejos de Londres.

Myrna Todd, de nuevo en su piso, siguió fumando hasta muy avanzada la madrugada. Había dos cosas evidentes: Lea Joyce, al ser revelado su escondite por el propio Denis… moriría.

Y también el escocés… cuando le diera a ella, la situación del barco que había de proporcionarle la fuga.

Lloró silenciosamente, porque sabía que, pese a todo, ella pertenecía en cuerpo y alma a Walter Curtis.

Entre tanto, Walter Curtis, en el panteón, escuchó la detallada repetición de cuanto habían hablado Denis Logan y Myrna.

Curtis torció los labios en rictus desdeñoso:

—El provinciano se enamoró hasta los huesos. Quiere quitarme los naipes y la esposa. Muy ambicioso. Se llevará su merecido, cuando tenga los naipes y lleve a Myrna al barco. Ahora, apenas abran los comercios, necesito el plano de carreteras de Escocia, y la guía de paradores cercanos a Loch Finlay.

A las ocho de la mañana, el candelabro reprodujo en un espejo, dentro del panteón, el rostro nuevo de Walter Curtis. Los cabellos castaños eran canosos. La cicatriz del labio, quedaba cubierta por el bigote blanco. Una corta barba ocultaba el mentón y las enérgicas mandíbulas.

Jarvis. Block, cuando hubo terminado Curtis su maquillaje,

murmuró:

—Bien se ve que fuiste actor aficionado, jefe.

—Lo que no ves es que esta cara es la de Rufus Van Koppel, el holandés judío que en Londres deja mucho dinero en las galerías de arte. Tu cliente, Jacob Zilay. Vete ahora en busca de los planos de Escocia.

VII

Las Tierras Altas escocesas forman, una región que algunos viajeros han definido como «fuera del mundo».

En aquellos grandiosos paisajes que empequeñecen la palabra «impresionante», los pastores transmiten leyendas y odios entre clases.

Cascadas y torrentes fluyen tumultuosos entre boscajes poblados de antílopes, ciervos, jabalíes, osos y zorros. Vierten sus aguas en los numerosos Loch, lo fiordos escoceses, uno de ellos, el Loch Ness, habitado según creencias poco desvirtuadas, por el temible monstruo que mide un centenar de metros, y para dormir se enrosca al fondo del lago central.

Es una costa recortadísima, donde abundan tiburones, pesca que muchos europeos creen exclusiva de aguas más cálidas.

Todo es ancestral y primitivo en las Tierras Altas. Al sur, los turistas dan muchos beneficios. Al norte, el puerto de Mallaig marca el final de la ruta férrea, y el principio de la Aventura.

Muchos son los escoceses que juran que nunca irán más allá de Mallaig, porque arriba es el dominio de las fieras, de los duendes y de la tragedia.

Es ya el intrincado laberinto de selva nórdica, aguas lúgubres, y costa inhóspita. Allí está el Loch Finlay, que posee la mayor profundidad europea: mil pies.

También posee su monstruo, y en la capital, Inverness, puede consultarse el documento donde han firmado personalidades que aseguran haberlo visto: coroneles retirados, ministros prebisterianos, y otros conspicuos personajes dotados de sólida visión.

Las descripciones del monstruo son muy variadas. La talla que se le atribuye, oscila entre los treinta y los cien metros. Unos le conceden una joroba, y otros dos.

Pero todos están de acuerdo en que tiene un largo cuello. Autoridades en la materia, explican la no concordancia de descripciones, alegando que no hay uno sólo, sino varios monstruos en Loch Finlay.

Un repórter gráfico americano consiguió «filmar» al monstruo. Las imágenes son algo borrosas, pero es indudable que hay «algo».

Fué enfriándose el deseo de explorar el Loch Finlay, cuando una expedición compuesta por alpinistas, se precipitó en un abismo

invisible, al pisar lo que creían musgo tupido. Y definitivamente, ya nadie se aventuró a solas ni en expedición por los parajes del Loch Finlay, cuando dos osos dejaron como prueba de su paso, los cuerpos destrozados de tres famosos cazadores del África Central.

Cundió pronto el rumor de que sólo Denis Logan podía recorrer el Loch Finlay, porque conocía cada hierba de su perímetro, y cada rizo de sus aguas.

Y lo que era más importante: desde lejos olfateaba la llegada del oso y del jabalí.

También se dijo que Denis Logan, el cazador solitario, tenía construida una cabaña en algún lugar del Loch Finlay. Una cabaña dotada de todas las comodidades y seguridades.

Pero Denis Logan era poco hablador, y además, desde que ganó el campeonato en los festejos, se hallaba en Londres.

***

Denis Logan, a las ocho de la mañana, terminaba el tazón de té, que él mismo se había preparado en la cocina del ático de Cheyne Walk.

Apareció Myrna Todd, radiante en su sastre gris, zapatos deportivos, chaquetón y gorro.

—Buenos días, Denis. Ya te oí, pero no estaba aún arreglada.

—Hay té para los dos. Encontré jamón y confitura de naranja. Dispuse de ello.

—De todo puedes disponer. Anoche, cuando te fuiste a dormir, me fui a ver a Zilay. Trabaja hasta tarde, pero se había dormido. Me dijo que tendría listo el coche de su cliente. Sólo piensa en encontrar un paisaje nuevo, poco visto.

—Le daré oportunidad.

—He dormido muy mal, Denis. Eres un hombre especial… Tú tienes la culpa de mis ojeras.

El escocés, se encogió de hombros, interrogante.

—He estado pensando en vez de dormir. Hay en ti una frialdad excepcional. No aludo al hecho de que queriéndome, no intentes demostrarlo, sino a otra cosa… Tengo a veces la impresión de que me miras como a una fierecilla a la que vas a cazar.

—Habrás leído tonterías sobre Logan, el campeón del año escocés.

—Sí. Según los artículos, has vivido como un verdadero primitivo. Casi vienen a decir que los osos eran tus amigos, y los jabalíes tus proveedores de jamón.

Rió ella, nerviosamente, al añadir:

—También dicen, que el astuto zorro es un inocente párvulo

comparado con tu instinto, que te hace adivinar las trampas que otros cazadores colocan destinadas a las fieras.

—Los periodistas comen lo que escriben.

—Sí, pero leyendo lo que de ti dicen, Denis… y en ello he pasado casi toda la noche, los mismos escoceses, te presentan como un lobo humano. Como un ser selvático…

—Los escoceses son aficionados a las leyendas. La única verdad es que en Loch Finláy, sólo yo puedo pisar sin extraviarme. Tienes expresión de cansancio, Myrna…

—No dormí nada. Y son ya dos noches las que no duermo. ¿Qué distancia hay en coche de Londres a Finlay?

—A Finlay no se llega por carretera. Hasta Mallaig, sí. Deduciendo por mi viaje reciente, con un conductor experto…

—Jacob lo es, muy bueno, de nervios de acero.

—Mejor. Con un conductor como Jacob, y a un promedio de cincuenta millas hora, pongamos dos etapas de diez horas. Hay muchas pendientes a partir del norte británico y por la frontera.

—Es gracioso; llamas frontera la línea que separa la región inglesa de la escocesa, pero juntas forman Gran Bretaña.

Desayunó ella sin apetito, leyó él un periódico, y a las nueve y media de la mañana entraba Jarvis Block, equipado con cazadora de cuero, pantalón de montar, y botas altas.

Tenía un pasamontañas doblado al cuello. Empleó el más puro estilo «Jacob Zilay»…

—El filisteo tiene un coche de prodigio, amigos. Un «Bentley», último modelo. Tú debes conocer a mi cliente, Myrna.

—Quizás… —dijo ella, firme la voz.

—Se llama Rufus Van Koppel, el famoso comprador de obras de arte.

«Rufus Van Koppel», repitióse mentalmente Denis Logan. ¿Sería Jarvis Block?…

—Cuando queráis, amigos. Abajo estoy.

Volvió a salir. Myrna comentó:

—Necesito dormir, o estaré demasiado cansada al término del viaje. Necesito dormir…

De un armarito sacó un tubo de cristal, que destaponó, extrayendo dos píldoras blancas, aplanadas.

—Veronal. Me proporcionará diez horas tranquilas…

Las colocó en su boca, bebiendo después un largo trago de soda. Se apoyó en el brazo de Logan.

—Vamos, Denis. Tengo prisa por terminar.

Abajo, en la brumosa mañana, se perfilaba la línea del «Bentley», propiedad del legítimo Rufus Van Koppel, que a las ocho de aquella misma mañana, salió de su hotel, atraído por un cuadro

del también legítimo Jacob Zilay, que le ofreció Jarvis Block.

El chofer y Rufus Van Koppel, estaban reducidos a eterno silencio, en el interior del panteón.

Al volante, Jarvis Block manifestó:

—Siempre al norte, Logan. ¿Qué pasa, Myrna?

—Tomé veronal. Quiero dormir a fondo…

—Bien hecho. ¡Avante, corcel!

El «Bentley» arrancó suavemente. Myrna se reclinó en el acolchado rincón, cerrando los ojos. A su lado, se apoyó en el brazal del lujoso coche Denis Logan.

El Támesis acompañó con su cinta plomiza bastante tiempo la veloz carrera del coche.

Denis Logan empezó a asociar ideas. Un pintor llamado Jacob Zilay estaba conduciendo como un piloto de coches de carreras. ¿Por qué sabía él que aquel conductor era Jacob Zilay?

Porque se lo había dicho Myrna, la que estaba durmiendo profundamente a su lado…

Jarvis Block, según su ficha, conducía como un as. Se citaba su antigua profesión de camionero de pescado, hombre acostumbrado a recorrer millas y millas, casi durmiendo, porque sus reflejos eran perfectos.

Y el que conducía hasta entonces había realizado dos actos, que un pintor, por mejor conductor que fuese, no habría tenido el valor de efectuar.

En un cruce de carreteras, el «Bentley», lanzado a ochenta, apenas se apartó de la recta, y sin embargo el volante acababa de esquivar el caballo que tirando un carro surgía a la derecha…

Media hora después, el «Bentley» pasó como una exhalación, adelantando un camión… y del viraje cercano surgió otro automóvil.

Jarvis Block aminoró, y al igual que no había rozado el camión, tampoco tocó el guardabarros que parecía ir a estrellarse contra su parachoques.

Continuó conduciendo como si tal cosa. Y Denis Logan sabía ya que «Jacob Zilay» era Jarvis Block…

Maquillado sabiamente. Casi seguro por el propio Curtis, ex actor… La patente del coche, estaba a nombre de Rufus Van Koppel. En el bolsín de la portezuela había una cartera, que extrajo Logan.

Contenía dos libros, uno sobre porcelanas Ming, otro sobre marfiles tallados. Varios papeles, cartas, recortes de revista…

Uno de los recortes era una fotografía de un hombre elegante, cabello canoso, barbita blanca, examinando con lupa un camafeo. El pie decía:

«El conocido experto Mr. Van Koppel, en la subasta de Drouot,

adquiriendo en medio millón de francos, el camafeo Chambrun.»

La revista era la mundana «Chronicle».

Por el retrovisor dijo Block:

—Rufus me quiere como a un hermano:

—No es tan filisteo, puesto que entiende de todo lo relacionado con arte.

—Un millonario que compra, siempre es un filisteo.

Denis Logan reflexionó… Podía ser muy bien que Rufus Van Koppel, prestase el coche a Jacob Zilay… que a su vez lo entregase a Jarvis Block.

Atravesaban la comarca de los Middlands, y quedaban aún el Lancashire, el Distrito de los Lagos, la región de los Borders, el primer acceso a Escocia, las Tierras Bajas… y después la accidentada ruta casi costera de las Tierras Altas y sus Loch.

Por la noche, estarían en los Borders, la frontera. Tendrían que descansar… y en cualquier punto podía aparecer Curtis… ¿Bajo qué aspecto?

A las tres, dijo Jarvis Blosk:

—Podemos comer en Maret. Una horita de reposo, y a las diez de la noche cruzamos la frontera. Cuando me duelan los ojos, pararemos en algún hostal a dormir.

—Bien. Usted lleva el volante, Zilay.

—Eso es. Trate de ir despertando suavemente a Myrna.

Denis Logan atendió la instrucción dada por Myrna, antes de subir al coche. No despertaría hasta las cuatro de la tarde. Dijo:

—Mejor comer a las cuatro. El veronal ingerido por Myrna, le da calma de sueño hasta, entonces.

—Bien.

A las cuatro, los tres almorzaban en una pintoresca posada pueblerina. Myrna Todd de nuevo en el coche, durmió sin necesidad de veronal.

Denis Logan acortaba el tiempo enfrascándose en la lectura del libro sobre marfiles tallados. También se durmió…

El coche seguía rodando veloz, empezando ya los caminos a ser más tortuosos, por entre lagos plácidos y campiña húmeda, de un verde jugoso.

Abrió Logan los ojos al anunciar Block:

—Segunda y penúltima etapa.

Y el coche fué frenando en plena obscuridad en el paisaje montañoso, hasta detenerse ante un umbral poco iluminado.

Una hostería escocesa de los Borders, donde cenaron, yendo después cada cual a una alcoba. Faltaban aún unas ocho horas, para llegar a Mallaig, y tenía Logan el convencimiento de que Curtis no aparecería hasta Mallaig.

No obstante inspeccionó las fallebas de las dos ventanas y la puerta. A las seis de la mañana, el «Bentley» volvió a su carrera.

Myrna Todd iba excitándose… Pronto vería a su esposo, bajo los rasgos de Rufus Van Koppel.

La presentación sería lógica. Y la preparó:

—Me ha dicho Jacob, que el señor Van Koppel está en Mallaig. Le avisó por conferencia Jacob, de nuestro viaje, y meta. El señor Van Koppel tiene avioneta particular. Estará ya en Mallaig. Tal vez quiera conocer el paisaje que mostrará a Jacob…

Y ella le apretó el antebrazo significativamente, como dando a entender, que después ellos dos, solos, huirían…

Denis Logan replicó:

—El filisteo paga, y tiene derecho a elegir, ¿no, Jacob?

Rió el que conducía, y su risa burlona, hizo reír íntimamente a Denis Logan…

El paisaje iba haciéndose abrupto, gigantesco… Grandes cortaduras, con acantilados altísimos, bahías agudas, mar encrespado…

Un cielo gris, sin sol, cubría de lividez arboledas y senderos. Y por fin, Mallaig apareció en el valle entre dos montañas, junto al mar.

Un pastor con faldellín, tocando su cornamusa, vigilaba el rebaño que pastaba. Jarvis Block indicó:

—Rufus dijo que nos esperaría en el «Aliñe Cairn». ¿Sabe dónde es usted, el guía?

—En Mallaig, la única calle recta atraviesa de sur a norte el pueblo. Es prolongación de esta misma carretera. No hay pérdida, Jacob. Siga recto, y al final de la calle está «Aliñe Cairn», que quiere decir «La Bella Tumba».

—¡Vaya nombre! —exclamó Block.

—La llaman así porque el clan Leod exterminó allí a los Mackenzie. Pero después, los Glenfinnan exterminaron a los Leod, y a su vez, murieron abrasados en un incendio provocado por un rayo.

La posada escocesa tenía techos bajos, paredes revestidas de paneles de madera sin descortezar, y en cada esquina, un enorme hogar que consumía leños gruesos.

De una mesa, un individuo se alzó, saludando. Era la imagen del retrato, pensó Logan. La imagen de Rufus Van Koppel, pero la intensa lividez repentina de Myrna Todd, bajo su ligero maquillaje, le alertó antes que su instinto.

Estaba claro: el elegante barbudo canoso, era Walter Curtis.

VIII

Walter Curtis aceptó el abrazo de Jarvis Block, y después besó ceremoniosamente la diestra de su esposa, diciendo:

—La conocía ya, Miss Todd, por las portadas de algunas revistas. Embellece usted al natural, y demuestra que ningún pintor puede reproducir la hermosura femenina.

—El guía Denis Logan, Rufus —presentó Jarvis Block.

—También es usted famoso, Logan. Con usted no hay peligro de extraviarse. Al entrar, cuantos escoceses hay, le han mirado con arrobo, casi como a un ídolo.

Denis Logan era feliz. Desde la trampa de la jungla civilizada, había atraído a la jungla del Finlay, la «pieza» mayor, que le creía próxima víctima.

—Dicen por aquí —continuaba Curtis— que posee usted una cabaña maravillosa en el Loch Finlay, donde nadie tuvo jamás acceso.

—Así es, señor Van Koppel.

—¿Cuándo trabajo yo? —apremió Block después de beber cerveza y comer un pastel de carne.

—Cuando quiera. Para llevarle al paisaje que desea, aquí mismo nos proporcionarán dos «obankoe». No dan cabida para más de dos personas. Veo que usted, señor Van Koppel, se ha equivocado convenientemente. Conocerá seguramente los «obankoe». Tienen parecido con los «bobsleigh» de las pistas de nieve, según me dijo un turista suizo.

Los «obankoe» eran trineos alargados con juego de ruedas y patines, intercambiables. Los arrastraban pequeños caballos escoceses, de ancho pecho, y cortos remos.

Se acomodó Logan en el pescante posterior, asiendo también las bridas. Jarvis Block. se instaló ante Logan, quien restalló un látigo…

Arrancó el trineo escocés, y fué remontando un sendero lateral. Esperó Curtis que se distanciara unos veinte metros, y entonces, puso en marcha.

Habló lentamente, inclinado sobre la cabeza femenina.

—Cuando pare Logan, pídele los naipes.

—No me los dará, porque los tiene Lea.

—Pero te conducirá donde está Lea. Nosotros sabremos seguirle.

—Es triste, Walter… Después de tan larga separación, sólo

piensas en los naipes… No has tenido la palabra…

—Después, Myrna. Estamos ya al final. Debes conseguir que él te diga dónde está el barco que piensa tripular para huir contigo.

—¿Piensas… matarlo…?

—Te quiere…

—Pero te va a proporcionar la fuga, Walter.

—Porque así lo arreglé. Él pretende huir contigo.

—Escucha, Walter… No tienes que matar a Lea ni a Denis. Yo sería la responsable.

—Accedo a tu deseo.

Los dos «obankoe» trepidaban alegremente por los senderos, donde iba a los lados espesándose la vegetación.

En un recodo apareció la extensión azulada del Loch Finlay, en el que cinco cascadas vertían de gran altura sus aguas. Un frío cortante, balsámico, daba punzante helor al ambiente.

Allí, hasta el insensible Jarvis Block, tuvo conciencia de algo nuevo: parecía entrar en tierra inhollada, sin explorar, donde todavía reinara la lejana ley primitiva de las cavernas.

No había árboles, sino espesos matorrales, brezos y arbustos pequeños, cubriendo tupidamente el suelo rocoso.

A la hora de trote, las caballos seguían tan briosos como en un principio. Los senderos eran ahora estrechos, y descendían hacia las márgenes del Loch Finlay.

En una plataforma rocosa detuvo Logan su obankoe, y tras él, tiró de las riendas Curtis. Saltó el escocés, y Myrna acudió a su encuentro.

Jarvis Block permaneció expectante. Curtis se aproximó al borde de la plataforma como si examinara el magnífico paisaje.

Myrna susurró:

—Podemos ya terminar, Denis. ¿El barco?

—Allí —señaló Logan.

En una grieta lateral del Loch Finlay había un remanso, donde se mecía una larga embarcación de un palo. También la vió Curtis…

—¿Los naipes, Denis?

—Allí —señaló Logan.

El escocés colocó sus dos manos abiertas a cada lado de la boca. Y su llamamiento resonó con eco reduplicado en la hondonada:

—¡Lea!…

Rígido el cuerpo, Walter Curtis miró en derredor. Jarvis Block le asió el hombro…

A unos cincuenta metros a la derecha, entre verdes matorrales, acababa de surgir Lea Joyce, libres los identificares cabellos.

Sonrió, y volvió a desaparecer… Myrna Todd apremió:

—Los naipes, Denis.

Logan se encaminó hacia, la espesura lateral. Dijo:

—Pueden extraviarse, señores. Es un paisaje único.

Y súbitamente, ya no se le vió, pero su voz fué muy clara y audible, desde detrás de unos setos. Dijo:

—Ningún extraño al Loch, puede andar por aquí, sin extraviarse. Es mortal… Hay cepos de cazadores, hay fosos, hay abismos bajo la hierba. Los osos huelen la carne fresca y no escocesa. Aquella barca la veis, pero para llegar a ella, hay que estar seguro de dónde se pisa. Intentad llevaros los «obankoes» y no llegaréis nunca a ningún sitio. Es mi selva…

Myrna exclamó, aterrorizada:

—¡Denis! ¡Ven!

Denis Logan habló, mostrando el busto:

—No tuviste escrúpulos en entregarme a esos dos, Myrna. Apártate ahora, porque va a empezar la caza verdadera. ¡Tú primero, Jarvis Block! ¡Tú el primero! Corre, ven aquí, vete allí, salta acullá… Donde vayas, yo estaré… Y después, tú, Walter Curtis… con los cuarenta y siete naipes siniestros. La partida va a terminarse.

Walter Curtis y Jarvis Block, cada uno pistola en mano, dispararon… Los matorrales gimieron, quebradas algunas ramas…

A quince metros más a la izquierda resonó la carcajada de Denis Logan…

Jarvis Block disparó nerviosamente. Curtis pegó en su brazo… Señaló una roca a la derecha, donde se parapetó Block.

Fué Curtis a arrodillarse tras otra a la izquierda. Myrna Todd se arrojó de bruces entre las pieles de un «obankoe», cuyo caballo atado al tronco de un grueso arbusto espinoso, piafó inquieto…

Los disparos habían retumbado como cañonazos…

Denis Logan, invisible, habló:

—La primera imprudencia. Los disparos atraen a los osos y a los jabalíes. Saben que son los animales de dos patas, los que producen este ruido, buscándoles. Hay ahora posiblemente muchas pupilas rojizas, que os están viendo…

Jarvis Block gritó:

—¡Cesa el juego, Logan! Yo… me entrego…

—Ya es tarde, Jarvis Block. Perteneces a la selva del Loch Finlay.

Walter Curtis apuntaba cuidadosamente hacia el matorral de dónde surgía la voz. Disparó…

Se oyó un gemido prolongado de fiera herida, producido por una garganta humana agónica… Gritó Curtis:

—¡Le acerté, Jarvis, le acerté!

Jarvis Block había reconocido también el peculiar exterior de la

garganta humana. Avanzó hacia el matorral dispuesto a rematar la puntería de Curtis.

Vió algo moverse y disparó… Los matorrales se separaron, y la fiera más temible surgió: un jabalí malherido…

La embestida fué simultánea al grito de horror de Jarvis Block, cuando disparando frenético quiso huir hacia atrás.

Los colmillos se clavaron en la garganta de Block, que cayó al suelo, debatiéndose bajo la masa peluda e hirsuta del jabalí malherido, cuyo hocico corneaba incansablemente…

Cesó todo movimiento en fiera y hombre, que yacían juntos, sin vida, desangrándose…

Walter Curtis se pasó la zurda por el rostro bañado en sudor, pese al frío reinante. Temblaba estremecido de primitivo terror…

Myrna Todd entre las pieles del «obankoe», no se movía. Había perdido el sentido, al ver surgir la fiera negra, de ojillos rojos…

—¡Logan! —clamó Curtis—. Me entrego…

—Coloca tu pistola y los naipes en el centro del «obankoe» donde no está Myrna. Te veo cada gesto, Curtis. Te sacaré de aquí, si mantienes después tus brazos en alto… ¡Pronto, Curtis!… Oigo resoplar al pardo oso por la izquierda…

Walter Curtis sacó un paquete del bolsillo de su chaquetón. Lo tiró junto con su pistola en el «obankoe» señalado, y fué entonces cuando un gruñido especial, le sacó de quicio.

Salto al pescante, tras arrancar la lazada, y restallando el látigo, provocó en el caballo un galope hacia el sendero…

Recogió, su pistola y el paquete de naipes, mientras a todo galope el caballo remontaba el sendero serpenteante…

Pero en un recodo, el caballo se encabritó, deteniéndose… Todo su lustroso pelo se erizó, insensible ya a los despiadados latigazos de Curtis.

Removióse algo a la izquierda. Algo parduzco, que andaba pesadamente a cuatro patas, y que a dos metros del «obankoe» se enderezó…

El pequeño hocico en la gran cabeza era casi gracioso, pero para ser visto en un circo o tras las rejas de un Zoo…

Y súbitamente, agitando los cortos brazos, el oso se abalanzó, porque quería atravesar aquel sendero y alguien le interceptaba.

Curtis apuntó entre los dos ojillos, y apretó el gatillo demasiado pronto. Los movimientos del oso le impedían acertar… El primer zarpazo le arrancó carne del hombro, lacerando músculos, nervios y hueso…

Su brazo armado cayó inerte, y se velaron sus ojos… El oso no dió el segundo zarpazo, porque sobre su espalda había saltado Logan, hundiendo a la vez en el cuello repetidamente su cuchillo.

El oso acudió a su recurso postrero. Tumbarse hacia atrás… Pero ya Logan estaba a un lado, y el oso se revolcó en su sangre, moribundo. Retuvo Logan por las riendas al caballo, acariciándole el cuello, y prodigándole palabras que le tranquilizaban…

Curtis, desplomado en el «obankoe», era ya un mutilado. Condujo Logan el «obankoe» hacia donde, estaba el otro. Del bolsín extrajo vendas y alcohol. Vendó el hombro de Curtis, atándole por la mano válida al pescante, sentándolo cerca de Myrna Todd.

Metió en su bolsillo el paquete de naipes, y recogió la vacía pistola. Emergió de las pieles Myrna Todd… Se abrazó al herido, cuya lividez era profunda.

—Huyó dejándome sola… Prefería los naipes… Creerá que yo le he traicionado, Logan. Dígaselo a él… Es un criminal, pero le quiero, Logan.

—Él nos oye, Myrna. Está ya con sus sentidos.

Arrancó el «obankoe», a cuyo tren posterior había atado Logan las largas bridas del otro, que seguía, sin nadie.

Bajo las pieles, Myrna Todd introdujo la mano en el bolso, donde guardaba la pistola que le entregó en su segunda entrevista Logan.

El leve clic del cierre, no era ruido de selva… Denis Logan adivinó. Ella iba a defender a su hombre…

Ella volviendo la espalda, fué lentamente alzando el brazo. Tenía que dar un rápido giro y disparar…

Walter Curtis pestañeó, blancos los labios… Veía la diestra femenina empuñando la pistola…

Pero fué la diestra de Logan la que avanzó, retorciendo en brusco golpe la muñeca, y la pistola saltó al sendero, mientras el «obankoe» continuaba su camino de regreso a Mallaig.

—Lo siento, Myrna. En cualquier selva la hembra del jabalí, no es mujer, sino fiera, y el cazador no puede detenerse en reparos. Te advierto que cualquier otro intento, tendrá igual consecuencia para ti.

***

En la cabaña, solitaria del Loch Finlay, dos cazadores amigos de Logan tranquilizaron a Lea Joyce cuando ésta oyó los disparos. Conocían los senderos porque Logan se los reveló en reiteradas caminatas.

Pasaron dos horas, y los cazadores dijeron:

—Adios, Lea.

Habían oído el rumor de los pasos de Denis Logan. Y en la cabaña confortable, Lea Joyce se abrazó al que entraba.

—Acabó la partida, Lea. Los restantes naipes, Curtis, Block y Myrna son ya propiedad de Barney Reynolds, y mis amigos, le llevarán el cadáver de Block, embestido por un jabalí. Iremos mañana al pueblo. Sabrás lo que son unas bodas escocesas.

—¿Y… el Servicio Secreto?

Pero Denis Logan gustaba los labios de la que, se olvidó de todo…

Barney Reynolds leyó el mensaje de Denis Logan:

> «Acabó la partida, Barney. Se acerca la primavera y no la hay más hermosa en el mundo, como la que entibia el Finlay. Lea hará sus viajes al mundo de chiflados que pintan horribles cosas. En invierno y verano, tu Servicio puede disponer de mí. En primavera y otoño, la selva del Loch Finlay es mi hogar. Este febrero y lo que resta de Marzo es primavera, para mí, porque encontré mi esposa. Gracias, Barney. Dios os guarde a ti y a todos los cazadores del Servicio Secreto. Era verdad: complace cazar seres dañinos, inferiores al jabalí.»

Encendió Reynolds su pipa, y a través del cristal contempló la bruma de la calle londinense. Cincuenta y dos naipes… El último jugador estaría subiendo los peldaños de la tétrica horca. Su viuda tardaría en olvidar… Pero era bonita, y cumplidos los seis meses de prisión, reconocidas todas las atenuantes, volvería a ser una mujer normal…

Había, terminado la partida. Y el epílogo le quitó el mal sabor de boca a Reynolds, cuando en un noticiario, cinematográfico, vió al campeón de los festejos escoceses, abrazar riendo a su reciente esposa, en medio de la algazara de bailes, brindis y cornamusas, allá en las Tierras Altas.

Dos habían perdido, dos ganaban… Puro deporte. Al fin y al cabo ¿no era la vida y el amor, un puro juego de azar? Y al salir, aspiró Reynolds con deleite la niebla. Era el símbolo de su ambiente y profesión. Y pasada la primavera, Denis Logan volvería…

En esta presunción fallaba el veterano. Para Denis Logan la primavera iba a ser eterna porque, entre cincuenta y dos naipes, había hallado la Dama y Reina. El cazador solitario no regresaría a la niebla londinense…

FIN

El F. B. I. en la cárcel

Ultimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 277 - Isabel Salueña.
- CHICOS DE LA PRENSA

Núm. 278 - Arnaldo Visconti.
- IDILIO AL ANOCHECER

Núm. 279 - Vic Martín.
- EN UN ESTADO DEL SUR

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 173 - Trini de Figueroa.
- PARÉNTESIS DE INQUIETUD

Núm. 174 - Mary de la Fé.
- EL AMOR DE MI VIDA

Núm. 175 - María del Pilar Carré.
- LEYENDA DE FAMILIA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 117 - Ana Marcela García.
- EL ÍDOLO VENCIDO

Núm. 118 - María Teresa Sesé.
- MERCEDES

Núm. 119 - May Carré.
- SU OPORTUNIDAD

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 3 - Corín Tellado.
- ES MI MARIDO

Núm. 4 - Matilde Redón Chirona.
- INVITACIÓN AL CASTILLO

Núm. 5 - Arnaldo Visconti.
- LA CONDESA DE MONTEDIABLO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN BISONTE

Núm. 218 - Orland Garr.
- CAMINO DE EL PASO

Núm. 219 - Raf Segrram.
- LA FIERA

Núm. 220 - Fidel Prado.
- GRANUJAS EN SACRAMENTO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 82 - Rex Preston.
- LA VIDA EMPIEZA MAÑANA

Núm. 83 - Peter Debry.
- NAIPES SINIESTROS

Núm. 84 - Jack Grey.
- EL F. B. I. EN LA CÁRCEL

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AUTORES FAMOSOS

Núm. 26 - Zane Grey.
- TIBURONES DEL BOSQUE

Núm. 27 - Clem Yore.
- LA LEY DEL DESIERTO

Núm. 28 - Zane Grey.
- EL VAQUERO NOVATO

Núm. 29 - Oscar J. Friend.
- DOS VAQUEROS DE TEXAS

Núm. 30 - Zane Grey.
- SENDAS EN LA ARENA

Núm. 31 - Clem Yore.
- RUTAS DE PLOMO

Núm. 32 - Zane Grey.
- EL CÓDIGO DEL OESTE

APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 16 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**